

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS ★
Serie Especial

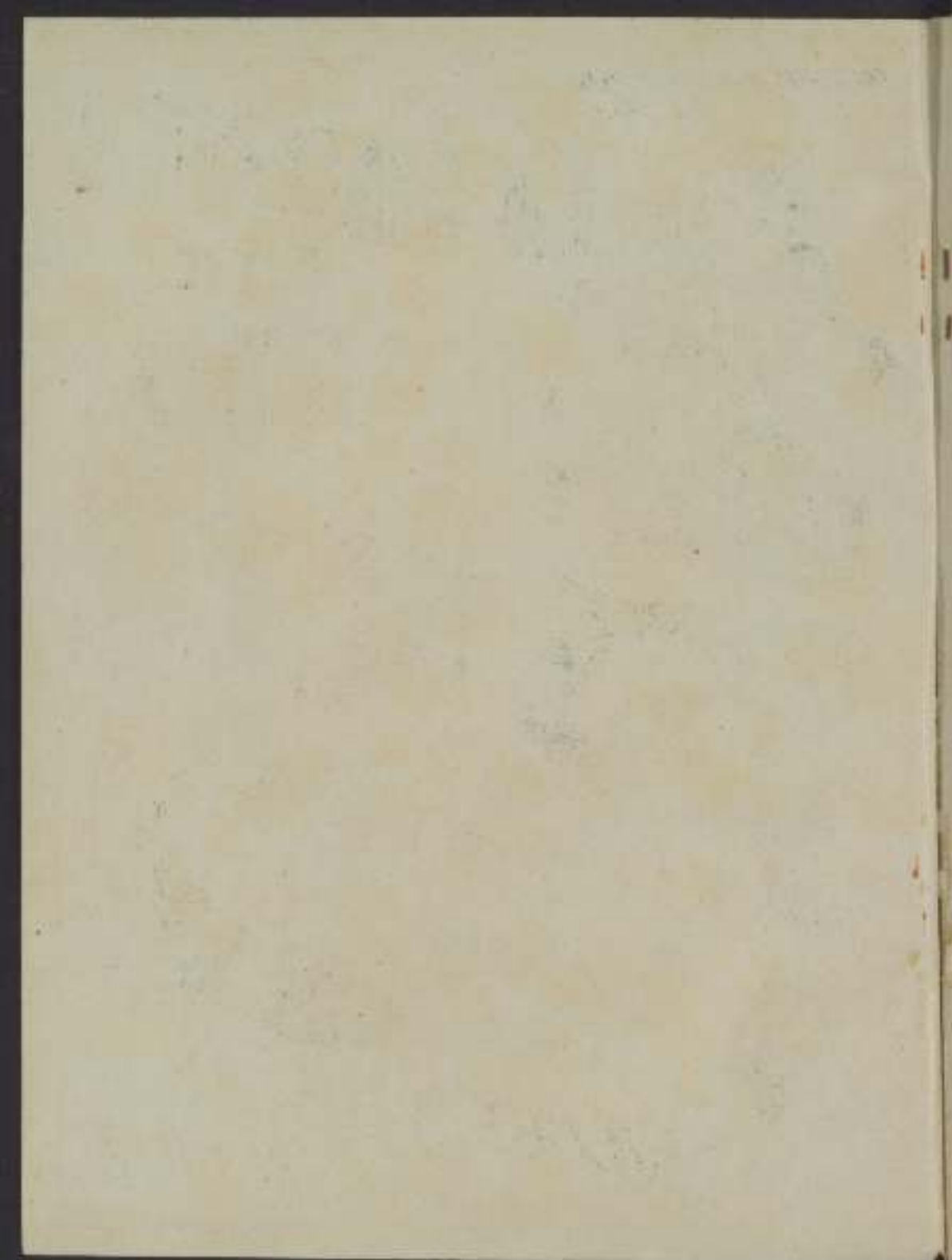


LA MADRINA DEL DIABLO

Editorial  ALAS



★ JORGE NEGRET
María FERNANDEZ





LA MADRINA
DEL DIABLO



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAPICAS ESTILO

Valencia, 284 - Teléfono 70657

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbada, 14, Barcelona - Toreros, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 356

NUM. 107

LA MADRINA DEL DIABLO

Una vez más llega Jorge Negrete cabalgando sobre un
gallardo alazán y mientras galopa por la pradera apa-
rece el frágil cochecito que guía la mujer de sus
ensueños con mano que quiere ser firme,
pero que no puede dominar al brioso
corcel que lo arrastra y es nuestro
héroe quien corre a salvarla,
iniciando con ello el idilio
más romántico que
se conoce en la
tierra me-
jicana.

EXCLUSIVA



Paseo de Gracia, 93
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Jorge Negrete
María Fernández
J. Cisneros
Miguel Manzano

Director:

Ramón Peón

Narración literaria por
Marcos Estrada

UN CABALLO DESBOCADO

Si alguien hubiese preguntado a Carlos Durango por qué se paseaba por la pradera en aquella hora cuando su deber era vigilar a los jornaleros que trabajaban en sus tierras, es posible que hubiese contestado que no lo sabía. Habría mentido deliberadamente porque sabía el cómo y el porqué se hallaba él allí en aquella hora, dejando suelta la brida de su caballo, permitiéndole que vagara de un lado a otro del camino. Cuando llegaban a una cierta distancia, le tocaba ligeramente con la espuela y el noble y obediente animal daba media vuelta porque ya sabía que su amo no quería andar muy lejos.

La explicación de esta actitud en un hombre tan activo y trabajador como era Carlos Durango obedecía a que unos días atrás, entonces por pura casualidad, mientras él se dirigía al Rancho de la Estrella, su hacienda, María de los Angeles, la hija del aristócrata don Porfirio, iba guiando su «charrete» y se le asustó el caballo. De no haber pasado por allí un buen jineta como Carlos Durango, tal vez el accidente hubiese tenido peores consecuencias, pero la mano firme del ranchero hizo parar en seco al nervioso caballo árabe, y María de los Angeles pudo continuar el paseo sossegadamente. Esto, por lo que se refiere al comportamiento de su caballo; pero las miradas de Carlos Durango la habían dejado bastante inquieta. Tampoco él pudo pensar en nada más durante todo el día. El semblante asustado de

la joven y la dulce sonrisa con que agradeció los esfuerzos que había hecho para salvarla de un verdadero peligro se habían grabado para siempre en su corazón.

—Gracias, Carlos Durango, mi padre agradecerá mucho lo que ha hecho por mí.

El eco de estas palabras repercutía todavía en los oídos de Carlos y no se enteraba de nada de cuanto le decía Ramón, su escudero y hombre de confianza, quien bien se daba buena cuenta de que en la cabeza de su amo las cosas no andaban como debían.

Temía Ramón que no se tratara de algún nuevo disgusto de Felipe, el hermano menor de Carlos, quien siempre se encontraba en líos, ya fuese por riñas, deudas de juego o mujeres. Pero esta vez Carlos no parecía disgustado, sino alegre y distraído.

«Bueno, manito, tarde o temprano sabremos de lo que se trata», pensaba el fiel Ramón, mirando de soslayo a su amo y señor.

Y desde el día de aquel afortunado incidente Carlos procuraba pasar por la pradera a la misma hora con la esperanza de ver de nuevo a María de los Angeles.

La suerte no le había sido propicia, pero como que la constancia es una de las condiciones indispensables a todo buen enamorado, Carlos iba un día tras otro abrigando la esperanza de que la volvería a encontrar. Estaba seguro de ello, y precisamente quería encontrarla en la pradera, porque le habría sido muy fácil rondar su casa y espiarla a través de la verja. Si no había hecho esto era porque tampoco tenía ningún interés en que le viera el viejo don Porfirio, que velaba muy celosamente por su hija.

Cuando ya había pasado la hora del paseo, Carlos regresaba a su rancho y quedaba taciturno durante el resto del día, pero al día siguiente, la esperanza de que tal vez la encontraría le animaba, y a la hora de costumbre aparecía el gallardo jinete galopando por la pradera.

Su constancia tuvo la recompensa merecida y desde muy lejos vió acercarse el cochecito de María de los Angeles a una velocidad que no era demasiado prudente. Carlos se puso en pie

sobre los estribos para mejor observar el paso de su amor y pronto se dió cuenta de que una vez más aquella joven había perdido el dominio del caballo; iba éste desbocado, arrastrando tras de sí un peso insignificante para su briosa sangre. Los esfuerzos de María de los Angeles eran inauditos y no conseguía nada. El caballo había emprendido furiosa carrera y era difícil pensar en pararlo. Carlos se hizo cargo de la situación inmediatamente y salió a galope tendido para intentar alcanzarlo. El ruido que producía el caballo de Carlos estimuló todavía más al de la joven, que se creyó perseguido y hubo un momento en que no creyó poder alcanzarlo.

—¡Corre, mi bravo caballito!—gritaba Carlos a su animal—. Hemos de salvarla como hicimos el otro día —y como si el caballo le comprendiera, literalmente voló sobre el camino.

Carlos pudo coger las bridas de manos de María de los Angeles y dando un récio tirón consiguió hacer parar al caballo, sin poder evitar que volcara el coche y que la joven cayera desvanecida.

No se preocupó Carlos poco ni mucho del caballo o del coche. Su atención fué toda para María de los Angeles, que todavía tardó unos instantes en volver en sí. Cuando abrió sus hermosos ojos encontró los de Carlos que la miraban ansiosamente.

—¿Se ha lastimado usted?

—No... y menos mal que estaba usted por aquí—dijo ella, poniéndose en pie para arreglar un poco su descompuesto aspecto.

Con mucha naturalidad se puso el sombrero y ordenó su vestido. Carlos la miraba embelesado sin hablar. Era tan agradable poderla contemplar así, solos los dos en plena campiña, sin más testigos que la hermosa luz del sol y aquel brioso caballo a quien él bendecía una y mil veces por haberle proporcionado una vez más la suerte de poder ser útil a su ama.

—Es la segunda vez que se desboca mi caballo y me salva usted la vida—dijo María de los Angeles, sonriendo amablemente.

—Me considero más que dichoso de poderle ser útil, señorita.

Acentuó tanto las palabras y las acompañó de una mirada tan afectuosa que María de los Angeles habría sido muy torpe, y no

lo era, si no hubiese adivinado lo que pasaba por la cabeza del propietario del Rancho de la Estrella.

—¿Lo dice de corazón, Carlos?

—Como si pudiera decirlo de otra manera.

Haberle oído a ella llamarle Carlos con tanta naturalidad e interesarse por la intención de sus palabras era mucho más de lo que él podía esperar al segundo día de hablarle, y estaba deseando que aquella escena no terminara nunca o, de terminar, que ambos murieran allí y les enterrarán juntos como a Romeo y Julieta.

No parecía tampoco que María de los Angeles tuviera mucha prisa y continuaba hablando de la maldad de su caballo y otras cosas triviales que resultaban deliciosas a ambos.

—Tengo que pensar en marcharme, mi padre estará ansioso.

—Hay que arreglar el coche y volver a enganchar a ese animal.

—Yo le ayudaré, Carlos.

Por mucho que ella le nombrara, él sentía timidez para corresponder en la misma forma y se contentaba con pronunciar su nombre en voz muy baja mientras volvía a colocar al caballo entre los brazos del coche.

—¿No teme usted que vuelva a las andadas?

—Ha de estar muy fatigado porque hacía rato que venía corriendo cuando usted nos ha alcanzado.

—Seguiré junto al coche para evitar cualquier bravata.

No dijo sí ni no, y entendiéndolo Carlos que quien calla otorga, cuando ya estuvo todo en orden, María de los Angeles de nuevo en el pescante y dispuesta a ponerse en marcha, él, cual moderno caballero andante, se situó a la derecha de su dama y a paso muy lento, hablando plácidamente, la acompañó hasta la puerta de su casa.

—Gracias, Carlos, no olvidaré lo de hoy.

Los ojos de la joven dijeron mucho más que sus labios y él estrachó su mano, diciendo muy bajito:

—Tampoco yo lo olvidaré... María de los Angeles.

Para ambos esto equivalió a una declaración de amor tan firme como si se hubieran jurado amarse toda la vida.

Una y otro, sin decirlo, pensaron en el obstáculo que para

su cariño representaba don Porfirio. Ella porque conocía sobradamente a su padre, orgulloso, irascible e incapaz de doblegarse ante nada que contrariara su voluntad, y Carlos tenía sobrados informes de aquel buen señor para adivinar que la lucha no sería pequeña si él se empeñaba en llevar a María de los Angeles al altar contra la voluntad de su padre.

Tal vez esta contra que presintió desde el instante en que la joven le miró en los ojos le animó todavía más a emprender la conquista de la muchacha la cual acababa de demostrarle que poco tendría que hablar para persuadirla de que aceptara la oferta de su corazón y su hacienda.

Se sentía tan feliz con esta idea que fué a dar un paseo por sus tierras, abandonadas a primera hora para que no se le escapara la ocasión de encontrar a su dama. Tuvo para todos sus hombres una buena palabra y una chanza. Aunque era hombre de buen genio y bien querido de sus manos de labranza, no les pasó inadvertido a los toscos montañeses que su amo venía de muy buen humor.

—¿Anda Ramón por aquí?—preguntó a uno de ellos.

—No, ya ha regresado a casa en vista de que el patrón no volvía, no pensó en que viniera a esta hora. ¿Desea algo?

—No; ya le veré en casa. Si por acaso vuelve, dícidle que ya me he ido y que le espero allí. ¡Adiós, muchachos!

Fustigó al caballo, que salió galopando majestuosamente por el campo arado, siéndole difícil adelantar mucho por lo blanda que estaba la tierra. No le importaba mucho a Carlos que corriera o no; se sentía tan feliz y dichoso con sus pensamientos que el mundo le parecía pequeño para alojar en él tanta felicidad.

Quedaron comentando los obreros el buen humor de su amo, y uno de los más viejos murmuró:

—Apostaría cualquier cosa a que andan por ahí algunos ojos de mujer. Niño Carlos ha sido poco enamorado, pero el día que se enamore será de los que no olvidan fácilmente.

UN PADRE IRASCIBLE

Con nerviosidad que intentaba disimular, María de los Angeles entró en su suntuosa casa y se dirigió a sus habitaciones, donde la aguardaba doña Lupe. Era ésta el ama de gobierno que había estado en la familia desde que se casó don Porfirio, y cuando murió la esposa de aquél doña Lupe se hizo cargo de la niña y era su confidente y consejera.

—Hoy el peligro ha sido mucho mayor que el otro día, doña Lupe, y crea, si no hubiese sido por Carlos Durango, no sé cómo hubiera acabado aquella loca carrera. Es muy valiente y un magnífico jinete.

—Es un caballero, mi niña, le conozco desde que nació. Carlitos era un niño muy bueno y muy simpático.

María de los Angeles escuchaba satisfecha los elogios que su ama hacía del hombre que la había salvado por segunda vez de un peligro seguro.

—Había que oírle cantar... desde muy niño entonaba muy bien. ¿Le has oído cantar alguna vez?

Tan absortas estaban las dos hablando de Carlos que no se dieron cuenta de la presencia de don Porfirio. Era éste un hombre alto, con la cabeza, patillas y bigote canos. Vestía de levita negra y desde la muerte de su esposa no se le había visto sonreír jamás.

Corrió su hija a abrazarle en cuanto le vio y dijo, alborozada:

—He tenido un suceso, papá, se desbocó «Lucero»...

Si serio estaba don Porfirio, más serio se puso al oír las palabras de su hija. Pero ésta ya estaba acostumbrada a la sobriedad de su padre, y alegre por el feliz encuentro, continuó su relato:

—Y por cierto, papaito, si no hubiese sido por... —iba a decir Carlos, pero se detuvo y dijo— el señor Durango, que detuvo a «Lucero», no sé dónde habría ido a parar.

Don Porfirio era de los que meditaban antes de hablar y media las palabras.

—Pues no saques más a «Lucero», es la segunda vez que te ocurre lo mismo... y no quiero más encuentros.

Era terminante la orden y toda protesta hubiese sido inútil. Bajó María de los Angeles la cabeza, la bajó doña Lupe y don Porfirio se retiró de aquella estancia seguro de que sería obedecido. Su hija siempre había acatado sus órdenes y él seguía dándole inflexible sin tener en cuenta que la niña era ya una mujer a la que él estaba haciendo la vida imposible. Sus puntos de vista estaban diametralmente opuestos. Don Porfirio quería seguir llevando la vida que él se había impuesto por su viudedad y deseaba ser obedecido sin que nadie discutiera sus mandatos, por lo que la pobre María de los Angeles y también doña Lupe veían un porvenir muy negro entre aquellas lujosas paredes que para ambas no eran más que una jaula dorada con un severo carcelero.

Pero el amor es algo que no podían dominar las leyes de don Porfirio, y si bien él podía evitar que su hija saliera a pasear con el caballo que se desbocaba, no podía privarla de que pensara en silencio en el bravo muchacho que la había salvado y que le había dicho que jamás olvidaría aquel momento en que desmayada la tuvo en sus brazos.

María de los Angeles prefería estar sola y sentarse al piano, donde a media voz cantaba una romántica canción que le parecía que tal vez también Carlos sabría cantar.

Plañidera

Una caricia cruel...
una pasión ideal,
que no pude comprender
en aquel instante...
¿Qué pude yo encontrar
en su querer?
Lo que no supe ver
en su mirar.
Ahora veo, mi amor,
comprendo ahora, mi bien,
que por primera vez
me enseñó a soñar...

Cantando así, de hurtadillas, para que no la oyera su padre, María de los Angeles se consolaba de no poder volver a encontrarse con Carlos. Tanto era su desconsuelo que había momentos en que pensaba si no hubiese sido mejor haber muerto el día en que se desbocó «Lucero»; pero cuando este mal pensamiento cruzaba su imaginación, un rayito de esperanza la iluminaba y era como si le dijeran al oído: «Todavía volverás a verle y no tardará mucho».

Carlos había llegado a su casa muy satisfecho después de haber salvado la vida de María de los Angeles por segunda vez, y no se le pasaba por alto a Ramón el buen humor de su amo.

—El señor ha visto otra vez a niña María de los Angeles...

—Sí, Ramón, no te equivocas; la he visto y hemos hablado. ¡Es encantadora!

—No se entusiasme, niño Carlos, con ella; don Porfirio no es hombre de consentir que su hija mire a según quién.

—Pues a mí me ha mirado y estoy seguro de que corresponde a mi cariño.

—Pero ¿y el padre?

—¡Al diablo con él! No voy a casarme con el padre. Ya sé que no tengo la fortuna que tienen ellos, pero no importa.

—¿Le ha dicho ella si le quería?

—No me lo ha dicho claramente, pero me lo ha dado a entender. Y mira, Ramón, tú ya no entiendes de esas cosas; gracias por tus consejos.

Mientras amo y señor estaban así platicando entró Felipe, la oveja negra de la familia. El aspecto de aquel joven contrastaba con el de Carlos. A pesar de ser éste mucho mayor, el semblante de Felipe aparecía avejentado por el vicio y su aspecto, en general, era el de un pobre diablo.

Cuando Carlos le vió entrar cortó la conversación que sostenía muy a gusto con Ramón porque giraba alrededor de María de los Angeles, y preguntó con brusquedad a su hermano:

—Felipe, ¿tú has bebido?

—No...

—Pues llegas con un aspecto deplorable. ¿En qué nuevo lío te has metido?

Felipe se rascó la cabeza sin saber cómo explicar su situa-

ción, y al fin, viendo que su hermano permanecía silencioso, dijo:

—Estuve jugando.

—Y bebiendo.

—Te prometo que no he bebido.

—Pues di la cifra que te hace falta... y en paz.

Al decir esto, Carlos se adelantaba hacia su escritorio para sacar el dinero que pudiera pedirle su hermano. Este retrasaba el paso y no parecía tener deseos de que su hermano llegara hasta allí.

—Oye, Carlos...

—¿Qué pasa?

—Tomé el dinero ya, no disponía de tiempo para pedírtelo y esperar a que me lo dieras.

El semblante de Carlos pareció que se oscurecía. No le importaba la suma que hubiese podido retirar su hermano. Lo que le dola era el procedimiento y la falta de confianza.

—¿Por qué haces esto, Felipe?

—Hombre... lo necesitaba.

—Soy tu hermano mayor y he de vigilar por ti.

—No me vengas con sermones, Carlos.

—No pretendo más que seas un hombre de bien...

—Es que todavía necesito más dinero.

—¿Esto es lo que te ha traído aquí? ¡A pedir más todavía! Seguramente que si yo no hubiese estado en casa te lo habrías llevado como la otra vez.

Carlos estaba indignado y no pudo reprimir un gesto de violencia para apartar a Felipe de su paso.

No lo esperaba el pródigo y contestó con la misma violencia a su hermano, entablándose una lucha entre los dos.

—¡Basta, Felipe! No es así como arreglaremos nuestras cosas—dijo Carlos, separándose—. ¿Qué es lo que deseas?

—Quinientos pesos.

Carlos se dirigió a una mesa escritorio y sacó unos billetes.

—¡Toma! Y espero que sea la última vez que te presentas a pedirme dinero.

—Te los devolveré.

No pudo Carlos disimular una sonrisa irónica. Jamás había trabajado Felipe, y si contaba en el juego para poder saldar sus deudas, seguramente que su próxima visita sería para pedir algo más.

—No es necesario. Me daré por satisfecho si no me pides más antes de poco tiempo.

—Gracias por habérmelo dado.

—No tiene importancia—contestó Carlos, distraídamente.

Salió Felipe con la misma parsimonia que había entrado y nuevamente quedaron solos el amo y el criado.

—Porque niña María de los Angeles, es...—empezó diciendo Ramón.

—Es todo lo hermosa que te puedas imaginar y la quiero. ¿Lo deseas saber mejor ahora?

Sonrió el socarrón de Ramón y meneó la cabeza:

—¡Estamos perdidos!

Mientras estaba hablando con Ramón ya pensaba en la serenata que dedicaría aquella misma noche a la mujer de sus sueños. Ya que no podía verla ni hablarle, le cantaría una de sus mejores canciones para obligarla a que le recordara, aunque ya estaba seguro de que también pensaba en él.

María de los Angeles se había acostado temprano. Era una de las maneras de escapar de las miradas escrutadoras de su padre, quien, incapaz de sonreír y dar una alegría a nadie, no quería que los demás estuvieran alegres y contentos a su lado.

No le había pasado por alto la cara seria de su hija desde que le había prohibido que saliera a pasear con «Lucero» y ella no se había atrevido a desobedecerle.

Estaba sentada en la cama repasando en su memoria las palabras y miradas que había cambiado con Carlos el último día en que le viera, cuando le pareció que oía las notas de una guitarra.

¿Sería posible que fuese a cantarle una serenata? Escuchó con atención y poco tuvo que esperar. Unas notas tristes acompañaban una voz bien conocida que hacía llegar sus palabras hasta donde ella se hallaba.

Un dulce estremecimiento corrió por el cuerpo de María de

los Angeles y se sentó en la cama para escuchar mejor aquella melodía que, procediendo del corazón de Carlos, llegaba hasta el suyo.

Serenata

Te brindo mi canto...
para ofrecerte mi amor...
Se callan las almas
como en oración...
¿Es que no comprendes
mi triste dolor?
Estación de amor,
divina mujer...
que sabes amar,
que sabes querer...
Déjame besar tus labios en flor,
perfumes de amor, bello amanecer.

María de los Angeles había saltado del lecho para no perder una sola de aquellas palabras, que ya eran para ella la declaración definitiva del amor de Carlos. Abrigada en un elegante salto de cama, se hallaba junto al balcón, donde no podía ser vista, si bien su galanteador estaba seguro de que ella le estaba escuchando. La comunicación de las dos almas era perfecta, y cuando cesó la música, la joven entreabrió el postigo agitando un pañuelo de blonda para testimoniar así que el canto no se lo había llevado el viento.

Absorta en sus pensamientos, continuaba en aquel éxtasis con el eco de la canción todavía en sus oídos, y no oyó que se abría la puerta de su habitación.

Fue necesario que don Porfirio, envuelto en su batín, se colocara al lado de su hija y depositando una pesada mano sobre su frágil hombro exclamara:

—¡Serenata tenemos!

Estas palabras hicieron descender de nuevo a la tierra a la joven, que había permanecido ensimismada en el castillo encan-

tado que le habían sugerido las notas y palabras de la canción tan gentilmente a ella dedicada.

—¡Papá!—pudo exclamar tan sólo.

—¡Hija mía! ¿Qué significa esto?

Bajó María de los Angeles sus hermosos ojos, sin contestar con palabras, aunque su aspecto bien revelaba el estado de su corazón.

—Dime ¿qué locura es ésta?

—Es Carlos, papá.

—Demasiado lo sé, hija mía, y lo que más me apena es la sospecha de que tú puedas hacerle caso.

—Es que le...

No quería escuchar don Porfirio la confesión de su hija por un amor que él jamás admitiría y prefirió cortar la palabra.

—En otra muchacha cualquiera comprendería que aceptara las atenciones de ese ranchero; pero tú, María de los Angeles, ¿qué ves en ese hombre?

—El corazón no conoce clases, papá.

—A tu edad se pronuncian tonterías de esta especie, pero a la mía tengo obligación de velar para que mi hija no cometa uno de esos errores que acostumbran a ser irreparables. No tienes madre, María de los Angeles, y yo le prometí, antes de que Dios se la llevara, que cuidaría de ti con el mismo cuidado con que ella lo hubiera hecho.

Don Porfirio se iba animando en su sermón a medida que su hija iba perdiendo ánimos. Acostumbrado a dominar a todos cuantos le rodeaban y a que nadie le llevara la contraria, creyó que ya tenía convencida a la muchacha. Paseó arriba y abajo de la habitación y como despedida ofreció sus últimos consejos y amenazas a María de los Angeles.

—Te propongo que olvides por completo a Carlos. Acuéstate, olvida todo lo que te haya podido decir y acostúmbrate a la idea de que sólo consentiré que te cases con un hombre de nuestra clase. ¿Comprendes mi idea?

—Demasiado bien, papá—contestó rápidamente la hija en un tono que sorprendió un poco al soberbio don Porfirio—; pero es que amo a Carlos.

—¡Absurdo! Completamente absurdo, se trata de una chi-

quillada; que te obligo que la olvides, y espero, hija mía—dijo el padre, poniendo de nuevo su mano sobre el hombro de la niña—, que no me obligarás a tomar ninguna medida para forzar este olvido.

Se inclinó levemente el padre y besó a su hija en la frente. Dos enormes lagrimones corrían por las mejillas de la muchacha, que don Porfirio no quiso ver y a decir la verdad tampoco le conmovieron. El prestigio y el nombre de su casa eran superiores para él al sufrimiento que pudiera sentir su hija.

POR LA NOCHE CANTA EL AMOR

Las pláticas y amenazas de don Porfirio no lograron otra cosa que María de los Angeles pensara todavía más en Carlos e hiciera cuanto pudiera para verle, mandarle recados y estar casi en comunicación constante con él.

Por las noches María de los Angeles bajaba al jardín donde tenía ocasión de cambiar algunas palabras con el objeto de su cariño a través de la reja, y así un día tras otro, pero tan sólo por breves minutos a fin de que don Porfirio no descubriera que los dos jóvenes continuaban sus relaciones.

Muchas noches junto a la verja de la casa de don Porfirio se estacionaba un viejo trovador del pueblo que entonaba dulces melodías de letra apasionada y que dedicaba a las parejas que en aquella hora dulce y a la luz de la luna paseaban por el camino contándose sus penas y alegrías. Carlos y María de los Angeles dejaban de hablar cuando el trovador cantaba, confiando a sus ojos la expresión de cuanto sentían.

Como que al parecer, don Porfirio no notaba las ausencias de su hija, pues éstas eran breves, fueron poco a poco prolongándose, y animados por su suerte, María de los Angeles invitaba a su novio a que entrara al jardín y se sentaban junto a un parterre perfumado por el aroma de las flores, contándole ella lo difícil que sería convencer a su padre.

La guitarra del trovador improvisado no dejaba de lamentarse y por encima de las notas se oía esta canción:

Ofrecimiento

Junto a tu reja mi corazón
te ofrece esta canción.
Mi lloro empaña tus ojos,
siento en mí ser,
postrado de hinojos,
nuestro mutuo dolor.
Tú me ofreces tu cariño,
yo te ofrezco mi canción.
Junto a tu reja, niña querida,
te entrego mi corazón...

—Confío en que tu padre no oirá al cantante—dijo Carlos, cogiendo la mano de su novia para besarla devotamente.

—No es probable, su habitación está al otro extremo de la casa, y como que no ha oído más serenatas, está tranquilo.

—Y pensar que yo vendría todas las noches a cantarte, no una serenata, sino mil...

—¡Oh, Carlos, eres muy exagerado!

—Todo me parece poco para ti.

No era María de los Angeles muy dada a hablar, y el corto rato que estaba en compañía de su novio casi que prefería pasarlo en silencio, porque las noticias que tenía eran muy poco halagüeñas para Carlos. El temporal rugía alrededor de la joven por dos lados distintos. Por uno la testarudez de su padre, al que se veía incapaz de convencer, y por otro, ella había observado que Felipe, el hermano de Carlos, la rondaba. Esto último la preocupaba muchísimo y creía que debía decirselo al hermano mayor.

—Está muy silenciosa mi tórtola, ¿le ocurre algo?

—Será hora de retirarnos ya; bien sabes que papá no quiere que te vea, y cómo se pondría si sospechara que vienes a verme todos los días.

—¡Déjale, no es asunto suyo!

—Si te oyera...—dijo, sonriendo tristemente la joven.

—Comprendo que la actitud de tu padre te tenga preocupada, pero temo que hay algo más que oscurece el semblante de mi amada.

—Sí, Carlos; he estado pensando largo tiempo en ello y debo decírtelo.

—¿No vas a decirme que no me quieres?—preguntó, asustado, el enamorado joven.

—¿Cómo puedes suponer semejante locura?—exclamó María de los Angeles, sonriendo feliz por primera vez aquella noche.

—Pues si es así, todo lo demás no me importa nada.

—Sí que te va a importar, Carlos, te toca muy de cerca.

—¿Algo de Felipe?—preguntó, asustado.

—Lo has adivinado.

—Dime de lo que se trata. Es el pródigo de la familia, y a pesar de que siempre me he sacrificado por él, no me hace ningún caso. ¿Alguna deuda de juego?

—No, Carlos, no es nada de eso y se me hace difícil formular la frase...

Una leve sospecha cruzó la imaginación de Carlos, pero procuró ahuyentarla.

—Dime, querida, ¿qué has observado?

—No sé, Carlos, tal vez sea imaginación mía; pero como tú sabes, salgo poco, y las pocas veces que pongo pie en la calle siempre encuentro a Felipe. Su forma de mirarme y hablarme... no, Carlos, no te disgustes; he hecho mal, no debí haber dicho nada—murmuraba la pobre muchacha, al ver el alterado rostro de su novio.

—¿Sería imperdonable! —dijo Carlos al fin con las manos crispadas—. El sabe que nos queremos.

—No le des demasiada importancia.

—¿No sabe lo que se hace, es un temperamento malo, rebelde, ama el mal por el mal.

—Es digno de lástima, Carlos.

—Siempre me he sacrificado por él; desde que murió nuestro padre, sólo me he preocupado para que trabajara, para que fuese un hombre de provecho y todo ha sido inútil.

—No le digas nada, yo te he advertido porque he creído que

sería mejor que lo supieras; pero no temas nada, ya puedes suponer que yo no voy a hacerle ningún caso.

—Has hecho muy bien en avisarme... y no sé si podré con- tenerme cuando le vea.

—Debes prometerme que no le dirás nada. Lo negaría y yo pasaría por una coqueta y sería la causa de que los dos herma- nos estuvieran todavía más distanciados.

—Es muy difícil hacer lo que me pides. ¿Crees tú que puedo pasar por alto tan sólo el que Felipe se atreva a mirarte?

—No debía de haber dicho nada, Carlos. Prométeme que no os pelearéis por esta causa. ¡Me daría tanta pena!

—Me exiges una promesa que quisiera darte... y que no puedo. Una cosa te diré, no buscaré la pelea, pero de ahora en adelante vigilaré más de cerca a Felipe. ¿Esto te satisface?

—Gracias, Carlos, eres muy bueno.

—Y tú eres encantadora—dijo el enamorado joven, besando una vez más la mano de su prometida.

Las campanas de la torre interrumpieron el idilio.

—¿Es posible que sean las doce? —preguntó María de los Angeles, levantándose precipitadamente y mirando a Carlos.

Sonrió éste satisfecho, correspondiendo a su mirada.

—Para mí es muy temprano y me parece que hemos estado muy poco rato.

—No puedo permanecer aquí ni un instante más. Adiós, Carlos...

La cogió él en sus brazos suavemente y cerró su boca con un leve beso.

—¡Adiós, mi amada, hasta siempre!

Vestía María de los Angeles un vaporoso traje blanco con encajes y cubría sus hombros con un echarpe de gasa. Con paso ligero cruzó el trozo del jardín que la conducía a la casa y a los ojos de Carlos le pareció que era una hada, su buena hada que desaparecía en la casa del ogro y que éste podía exter- minarla.

Sintió en el fondo de su corazón un miedo extraño y quiso ahuyentar aquel inoportuno pensamiento. ¿A qué temer? Ella le quería y conseguiría dominar la oposición de su padre. No tenía motivos para estar apesadumbrado y Carlos recordaba una y todas

las palabras pronunciadas por María de los Angeles en su amoroso coloquio, con lo que recobró tranquilidad su espíritu.

La casa aparecía silenciosa. María de los Angeles había dejado la puerta principal, que daba al jardín, entreabierta, y por allí se veía el tenue brillo de un velón que iluminaba el suntuoso y lúgubre vestíbulo de la casa pairal de don Porfirio.

Más ligera todavía que cuando había dejado a Carlos subió la joven los pocos peldaños de mármol que conducían a la puerta, penetró silenciosamente y la cerró tras de sí. Ascendió la escalinata que conducía al primer piso para retirarse en su dormitorio, y al pasar por el corredor vió abierta la puerta de la habitación de su padre y la luz encendida. Vaciló un instante, pensando dar un rodeo por el lado contrario a fin de no encontrarse con don Porfirio. Le pareció una cobardía retroceder y entró valientemente en la habitación de su padre.

—¿Cómo, papá, todavía estás levantado?

—¿Y esto te sorprende, niña María de los Angeles?

No encontró la joven palabras con que contestar a su padre.

—Tú eres la causa de mis desvalos, muchacha, pero ésta será la última vez que esto ocurre. Te dije una vez que no voy a consentir tus amores con ese... bergante...

—Papá, no tienes derecho a tratar así al hombre que amo!
—exclamó, airada y ofendida, la hija de don Porfirio.

—¿Confiesas que le amas? ¡Con que ésas tenemos! No me faltaba más que escuchar de tus labios esta confesión para oponerme todavía más a esos absurdos amores. No es de nuestra clase y no lo voy a consentir. María de los Angeles, te has atrevido a desobedecer mis órdenes, sé que vas a ese hombre todos los días, sin haber hecho caso de mis mandatos; pero tengo medios para arrancar de cuajo ese amor que sientes por Carlos Durango y lo haré, lo oyes, lo haré. Puedes retirarte...

María de los Angeles comprendió que todo cuanto dijera sería inútil y creyó que era mucho mejor guardar silencio. Quiso apaciguar a su padre por las buenas, acercándose a él para besarle y darle las buenas noches; pero él le cortó el paso alargando la diestra que la joven besó respetuosamente.

Las lágrimas acudieron a los ojos de la niña sin que por ello

se conmoviera don Porfirio. Al llegar a su habitación echóse encima la cama, llorando amargamente.

—¡Carlos, Carlos, si supieras cómo estoy sufriendo!—murmuró entre sollozos la desventurada muchacha.

Todavía tardó don Porfirio un buen rato en acostarse. Más afectado de lo que aparentaba ante el trastorno de su hija, aunque dispuesto a no ceder ni un ápice en el plan que se había trazado, pasó un buen rato meditando qué medidas tomaría para evitar de manera segura que su hija y Carlos Durango pudieran verse.

Por su cerebro de hombre frío y calculador pasaron mil ideas. La que más seguridad le ofreció fué la de encerrar a María de los Angeles en un convento, y una vez allí, si lo deseaba, que se hiciera monja, todo antes que verla casada con Carlos Durango.

Resuelto este problema sin la oposición de nadie, porque ya sabía que su hija le obedecería, don Porfirio se acostó tranquilo por haber hallado solución a un problema que hacía días le trafa preocupado.

Mañana mismo se ocuparía de realizar los trámites necesarios y muy pronto María de los Angeles no sería más que un recuerdo para Carlos.

RIRA ENTRE HERMANOS

Como si Carlos presintiera el dolor de María de los Angeles, una vez en su casa no podía pensar en acostarse. Le dominaba la nerviosidad y paseaba arriba y abajo de la estancia como si esperara a alguien.

Un ruido que procedía del piso bajo hizo detener a Carlos en su agitado paseo y al poco rato se abrió la puerta de la estancia. Felipe penetró pausadamente.

—¿Estás levantado a estas horas? — preguntó Felipe, queriendo aparentar cierta indiferencia.

—Si tú lo estás, creo que también puedo estarlo yo—repuso Carlos con violencia.

—¿Qué te ocurre?

La promesa a medias que había dado a María de los Angeles le cerraba la boca, pero la insolencia de Felipe hizo que no pudiera contenerse y le dijo:

—Tú y yo hemos de saldar una cuenta,

—Entre hermanos no hay deudas.

—Te equivocas, y te advierto que no se trata de dinero.

—Pues tú dirás—contestó tranquilizado Felipe, a quien la cuestión de pesos traía siempre de cabeza.

Carlos quería hablar tranquilamente y no le era posible. La hipocresía de Felipe le exasperaba.

—Sé que has pretendido enamorar a María de los Angeles...

—¡Oh!—exclamó Felipe dando a entender que no le costaría mucho realizar tal villana empresa.

—Eres un mal hermano y así pagas todos los sacrificios que he hecho por ti.

—Estoy cansado de oírte decir cuanto te has sacrificado por mí, también yo he tenido que aguantarte, y por lo que se refiere a María de los Angeles, es una cosa que está por ver.

—Vete, Felipe; te lo suplico, vete.

—¿Por qué he de marcharme? ¿No estoy en mi casa?

—Lo que tú has pretendido hacer no se perdona.

—¿Quién te ha informado?

—No te importa.

—Juraría que ha sido ella—dijo Felipe, echándose a reír.

Esto era demasiado para Carlos y cruzó la cara de Felipe con un bofetón. No era el hermano menor hombre de respetar a nadie, y abalanzándose sobre su hermano, le pegó con furia. La lucha duró pocos instantes, pero Carlos, más fuerte y vigoroso, pudo escapar de sus manos y arrojarlo contra la pared.

—Te repito que te marches y no quiero verte jamás por aquí.

El tono de Carlos y los golpes recibidos no daban lugar a duda, y Felipe abandonó la casa, dirigiéndose a un tugurio del que era cliente habitual. Sus amigos y compañeros de juego le invitaron a que se sentara en la mesa y empezó un animado juego, en el que menudeaban las bromas y las discusiones.

Carlos había quedado en su casa contrariado por la escena sostenida con su hermano y le dolía no haber atendido los consejos de su novia de que no dijera nada a Felipe; pero ahora ya era tarde para rectificar. La distancia que separaba a los dos hermanos era todavía mayor y difícilmente se reconciliarían.

No sentía deseos de descansar porque sabía que le sería imposible dormir y decidió salir a la calle para ver si lograba distraerse y calmar sus desatemplados nervios.

Mientras tanto la partida de juego donde actuaba Felipe iba resultando un poco violenta y a cada carta que caía sobre la mesa surgía una discusión. Todos los que formaban la tertulia eran de los más viciosos de la localidad y estaban siempre dispuestos a reñir sacando a relucir facas y revólveres.

La discusión se armó por cosa de poca importancia; el caso es que de las palabras pasaron a las manos y las pistolas dejaron oír su voz.

Un hombre cayó herido y Felipe soltó la pistola, saliendo corriendo a la calle seguido de los demás. Todos los que estaban en la habitación huyeron también disparados y la poca gente que pasaba por la calle comprendió que en la casa de juego había ocurrido una de las refriegas de costumbre.

Carlos Durango acertaba a pasar por allí cuando se oyó el disparo y vió a Felipe salir huyendo, y mientras un hermano escapaba, el otro entraba en el antro del vicio para enterarse de lo que había ocurrido. Un hombre muerto yacía en el suelo y a su vera la pistola de Felipe.

Dióse cuenta inmediatamente Carlos de que su hermano estaba mezclado en aquel trágico asunto, y el cariño que por él sentía, a pesar de que apenas hacía media hora que habían estado riñendo seriamente, instintivamente se agachó para recoger aquella arma que le comprometía. Mientras tanto la gente iba agolpándose en el local y pronto corrió la voz de que en la sala de juego de Eusebio había habido una reyerta.

—¿Cómo ha empezado la cosa?—preguntó Carlos.

—Como de costumbre, ya sabes que no se puede jugar con tu hermano. En cuanto pierde, ya no hay quien le aguante, se han cruzado palabras con Oscar, Felipe se ha insolentado y las pistolas han decidido la jugada — informó uno de los que allí estaban.

—Pero Carlos, ¿qué haces tú aquí junto al muerto? Vendrán los guardias y no se entenderán de razones; echarán mano al primero que les parezca y Felipe no será bueno para salir en defensa tuya. En tu lugar procurarías marcharte.

El consejo sorprendió a Carlos, quien, por no tener nada que ver con la pelea que había promovido su hermano, no temía que nadie le molestara; pero no fué así. Llegaron los guardias y prohibieron que nadie saliera del local.

—¿Dónde están los demás jugadores?—preguntó el sargento. Nadie respondió una palabra.

—Supongo que no estaría solo este desgraciado. ¡Eusebio!

¿Quiénes eran los que estaban en la misma mesa con este hombre?

No le venía muy a gusto a Eusebio aquel interrogatorio, pero no se podía negar a contestar a la autoridad.

—No lo recuerdo muy bien, porque no me fijó en ellos una vez les he entregado las cartas. Estaban Julio Miranda... Oscar, aquí le tenéis todavía, Felipe Durango y no recuerdo a nadie más, aunque estoy seguro de que habían otros.

—Pues hay que ir en busca de esos hombres inmediatamente. Carlos Durango, ¿qué hacía usted aquí?

—Oí los disparos y entré a ver lo que había ocurrido.

—¿Con una pistola en la mano? —preguntó secamente el guardia.

Era inútil intentar esconderla cuando ya la habían visto.

—La recogí del suelo, estaba junto a Oscar.

—¿Es suya?

—No; ya le he dicho que había entrado al oír los disparos.

—Entrégueme el arma y ya procuraremos averiguar a quién pertenece. Será mejor que no se aleje de la población mañana, podríamos tener necesidad de interrogarle si no damos con Felipe Durango.

Las palabras del guardia no sorprendieron a Carlos porque ya suponía que de las canalladas de su hermano se procuraría hacerle a él responsable y aun se consideró afortunado de que no le detuvieran allí inmediatamente.

La conversación sostenida entre Carlos y el guardia fué oída por varias personas del pueblo que habían acudido allí a curiosidad cuando ya hacía rato que había transcurrido el suceso y la especie de que se había encontrado allí al dueño del Rancho de la Estrella con una pistola en la mano y un muerto a su pies corrió como reguero de pólvora.

La versión fué de boca en boca y cada uno añadía lo que tenía por conveniente, y cuando a la mañana siguiente la versión llegó a oídos de don Porfirio, no era nada más ni nada menos que Carlos, jugando a las cartas en el tugurio de Eusebio, había sostenido una riña terrible con Oscar y le había acribillado a tiros.

La noticia sorprendió a don Porfirio porque, aun cuando no lo quería por yerno a ningún precio, le constaba que no era un

joven de tan malas costumbres; pero le vino a las mil maravillas para correr a explicarla a su hija y poner fin a unas relaciones que él ya había dado por terminadas con el plan de encerrar a María de los Angeles en un convento. Este suceso completaba el plan porque ahora ella, ante tamaño desengaño, se consideraría feliz pudiendo huir del mundo donde todo era vicio y maldad.

Llamó a uno de los criados y le dijo que avisara a la señorita María de los Angeles, si es que ya estaba levantada, para que pasara al salón del piano.

No sabía la joven nada de lo ocurrido y creyó que se trataba de reanudar las quejas porque se entrevistaba con Carlos en el jardín.

Era fácil adivinar que María de los Angeles había pasado la noche en vela. Aparecía pálida y ojerosa; pero bonita como una flor.

—Buenos días, papé—dijo, acercándose para besarle.

Contrario a lo que había hecho la noche anterior, don Porfirio besó a su hija en la frente.

—Siéntate, María de los Angeles, hemos de hablar muy seriamente.

La actitud del padre desconcertaba un poco a la niña. No estaba tan duro como había estado pocas horas atrás y aparecía estar muy preocupado.

—¿Sabes algo de lo que ha ocurrido en el pueblo?—preguntó el anciano.

—¿Algo que me concierne?

—Sí.

—Pues no sé nada. No he hablado con nadie desde que me despedí de ti, papá. Me alarmas, ¿qué ha pasado?

Cuando se trataba de ser cruel, don Porfirio no era de los que se quedaban atrás y sabía serlo aparentando tener un corazón magnánimo.

—Ayer noche, cuando Carlos Durango se despidió de ti, después de hablarte de amores...—dijo don Porfirio con voz apagada.

María de los Angeles sintió que el corazón le dolía e instintivamente llevó sus dos manos al pecho.

—... se dirigió a casa de Eusebio, tú no sabes lo que hacen en casa de ese hombre, pero yo te lo diré porque ya eres mayor

y has de saber lo que es el mundo. La casa de Eusebio es un lugar de vicio y perdición, juego, vino, mujeres... todo lo que te puedas imaginar.

La pobre muchacha tenía los ojos desmesuradamente abiertos mientras su padre iba haciendo el relato con toda calma para que ella tuviera tiempo de percatarse de qué clase de personaje había elegido por novio.

Hay que decir en favor de don Porfirio que él creía realmente que las cosas habían ido tal como se las habían contado. Lo que hacía era recalcar el aspecto perverso del hombre en quien su hija había puesto los ojos.

—Pues bien, hija mía, después de estar hablando contigo, que perteneces a una de las principales familias de aquí, se despide de ti para ir a acabar la velada en casa de Eusebio; pero esto no acaba aquí.

María de los Angeles no se atrevía a levantar los ojos del suelo. Una voz interior le decía que todo aquello era una infamia, una patraña inventada por su padre para separarlos de una vez y dentro de todo se sentía valiente y dispuesta a luchar por su amor.

—Entre cuatro amigos como él se armó la gran partida de juego, que rociaron con vino y luego empezaron las peleas. Que si tú has retirado una carta, que a mí no me vengas con trampas, cosas de gentes bajas; el caso es que de las palabras a las manos y de las manos a las pistolas.

—¡Oh! ¡No es posible, papá! Carlos es incapaz de semejante comportamiento. Le conozco muy bien.

—Calma, hija mía, calma. En la refriega muere un hombre, un joven como todos los que allí estaban, Oscar, me parece que han dicho.

—¡Dios mío! ¿Pero qué tiene que ver Carlos con todo esto?

—¿No te digo que formaba parte de la tertulia que sostuvo la riña?

—¿No sería Felipe?

—Sí, también Felipe estaba entre ellos; pero el caso es que cuando llegaron los guardias a quien encontraron con el revólver en la mano fué a Carlos Durango.

—No, no; no es posible.

—Si lo es, hija mía; me lo ha contado uno que estaba allí, que oyó el interrogatorio del guardia.

No le fué posible a María de los Angeles contenerse más y se puso a llorar. Estaba completamente vencida y don Porfirio podría muy fácilmente llevarla al convento o donde quisiera. El desengaño había sido completo.

—Por esto me opuse a estos amores, María de los Angeles; veía en Carlos algo que me desagradaba además de pertenecer a distinta clase, y mis sospechas no han sido infundadas. Es mucho peor de lo que yo creía. Ahora tú no puedes permanecer aquí, comprendo que los recuerdos han de ser para ti muy penosos, así es que he decidido llevarte al convento de la Dolorosa, y allí, en la quietud del claustro, resolverás lo que ha de ser de tu vida, pues Carlos Durango para ti es peor que si hubiese muerto.

Le resultaba difícil a la joven hallar palabras para hacer una última petición a su padre; pero revistiéndose de valor le preguntó:

—¿Podría despedirme de él?

—Sí, por carta, para decirle que todo ha terminado entre vosotros.

No era por escrito sino de palabra y cara a cara que María de los Angeles deseaba ver una vez más a Carlos para preguntarle quién había inventado aquella mentira infame. Ella no podía creer que fuera un asesino, estaba segura de que era inocente y que todo se aclararía un día u otro. La solución de don Porfirio no le solucionaba el conflicto, y como la cabeza le ardía como un volcán, pidió permiso para retirarse.

—Saldremos mañana mismo para el convento, niña.

—Haré lo que tú mandes, papá.

La voluntad férrea de don Porfirio había logrado dominar a su pobre hija, para quien se acababa de derrumbar el mundo.

Mientras María de los Angeles se dirigía de nuevo a sus habitaciones pudo oír comentarios del servicio sobre lo ocurrido durante la noche en casa de Eusebio y acabó por creer que tal vez su padre tenía razón.

En la soledad de su habitación intentó escribir varias cartas para despedirse de Carlos y ninguna le parecía bien. Por una parte quería reprocharle su conducta y por otra seguía creyéndole ino-

cente; pero lo que era seguro y definitivo era que ella al día siguiente partía hacia el convento de la Dolorosa y entraba allí resuelta a no salir jamás. Estaba desconsolada y abatida, sin ánimos para nada, por lo que al fin borroneó unas letras que pensó confiar a doña Lupe para que las entregara personalmente al que todavía quería entrañablemente.

Era ya tarde cuando terminó la carta y llamó a la vieja ama de llaves.

—¡Qué penitas, niña María de los Angeles! —exclamó la buena mujer, abrazando a su señorita—. Nunca hubiese pensado semejante cosa de niño Carlos.

—No puedo creerlo, doña Lupe; pero a mi padre este suceso le ha venido muy bien para obligarme a tomar una resolución que de otra forma no lo habría conseguido y como que algo ha ocurrido, debo acabar mis relaciones con Carlos.

—¡Pobre niña!

—¿Ya sabe lo que ha resuelto papá?

—Sí, hija, ya me dió órdenes al mediodía para que arreglara el equipaje.

—Poca cosa voy a necesitar, porque abrazaré la religión, no tengo nada que hacer en el mundo.

—¡En la flor de la edad y tan hermosa!

—He escrito una carta a Carlos para despedirme. Papá lo sabe, porque no ha querido que volviera a verle como yo hubiera deseado. Quiero que se la entregue usted en propias manos.

—¿No he de decirle nada?

—¿Para qué?

—No tomes las decisiones demasiado rápidas. Tal vez las cosas se aclaren. También a mí me cuesta creer que niño Carlos matara a Oscar, no es hombre de peleas ni juegos. Puedes pasar unos meses en el convento y con el tiempo se sabrá si realmente fué él quien disparó.

—Los votos religiosos no son cuestión de ocho días, tengo más de un año para pensarlo, pero me parece que no volveré atrás. La vida sin Carlos para mí no tiene importancia alguna.

—¡Mi pobre María de los Angeles! Descuida que yo le entregaré la carta.

—No se la lleve hasta que hayamos marchado. Creo que será mañana por la mañana.

A una noche de insomnio y lágrimas sucedieron los preparativos para la marcha. El coche de caballos hacía rato que esperaba en la puerta, y María de los Angeles se fijó en que uno de los animales era «Lucero». Esto le hizo evocar los primeros encuentros con Carlos y de nuevo acudieron las lágrimas a sus ojos.

La voz de su padre reclamándola la volvió a la realidad, y secándose las lágrimas para que los criados no se dieran cuenta de su trastorno, salió a reunirse con don Porfirio que, vestido con levita negra y chistera, parecía muy impaciente por marchar.

Doña Guadalupe les acompañó hasta el coche y abrazó a María de los Angeles.

—¡Adiós, hija mía, en seguida iré a entregarte la carta!—dijo en voz baja para que no lo oyera don Porfirio.

—Gracias, doña Guadalupe, adiós.

Montaron padre e hija en el coche, el lacayo cerró la portezuela, subió al pescante y a buen trote emprendieron el camino que conducía al convento de la Dolorosa.



—Hay algo más que obs-
curece el semblante de mi
amada.



—Estoy seguro de que
cooresponde a mi cariño.



—Puedo contar con ti,
¿no, Ramón?



Secóse las lágrimas para
que los criados no se dieran
cuenta de su trastorno.



—Ramón, no se le pedi-
do ningún consejo.



Doña Guadalupe les
acompañó hasta el coche.



Simpatizó la viejecita
con aquel brazo mozo, cu-
yo oficio desconocía.



—¡Hola, muchachos!
Veo que todos han acor-
dido.



Una discusión entre dos
handidos llegó a su punto
álgido.



—Desde que viene usted
por aquí esta casa parece
osca.



Los que quedaban en el campamento se distraían jugando y bebiendo.



Unos cuantos hombres estaban junto al herido.



Apenas amaneció empecé a dar órdenes para la salida.



Las madres se abstienen de hacer comentarios.



—¿Cómo ha venido a
parar aquí?



—¡Madre, no puedo ol-
vidarle!

DOS CAMBIOS DE VIDA

Los acontecimientos ocurridos últimamente tenían muy inquieto a Carlos Durango, quien no había salido de su casa siguiendo las instrucciones que le diera el guardia en aquella noche aciaga. Intentó mandar un aviso a María de los Angeles, pero no hubo manera de encontrar quien se atreviera a burlar la vigilancia de don Porfirio.

Recorría inquieto su habitación, cuando, poco después de haber marchado don Porfirio y su hija, llamó a la puerta doña Lupe. La presencia de la fiel ama de llaves llenó de júbilo a Carlos porque creyó que traería una misiva de su amor, preocupada por su ausencia.

—Hola, niño Carlos—dijo doña Lupe con semblante triste.

—¿No me trae buenas noticias? —preguntó ansioso Carlos.

—Nada buenas, por no decir malas. Niña María de los Angeles se fué, ha marchado esta mañana con su padre y me dejó esta carta.

Sacó doña Lupe de su bolso una carta que Carlos arrebató de sus manos, olvidándose de su buena educación. Rompió el sobre apresuradamente y empezó a leer:

«Querido Carlos:

«No debí empezar con estas palabras porque estoy segura de que ya no te quiero. Mi padre me ha contado todo lo sucedido la otra noche y esto ha abierto un abismo infranqueable entre

nosotros. Salgo esta misma mañana para retirarme en el convento de la Dolorosa, a la que pediré valor para soportar mi desengaño.
»Olvidame, que también procurará olvidarte

María de los Angeles.»

—¡Esto es inconcebible! ¿Qué es lo que le ha contado don Porfirio? Aquí el único que podría explicarle las cosas soy yo. No puedo creer que ella haya escrito semejante carta. Su padre le ha obligado, ¡pobre niña!

—Todo el pueblo dice que tú disparaste contra Oscar—dijo, timidamente, doña Lupe.

—Puedo asegurarle que no disparé.

—Entonces, ¿por qué no dices quién fué el que mató a Oscar?

—Doña Lupe, ¿usted me cree a mí capaz de hacer semejante cosa? ¿He estado yo nunca metido en semejantes refriegas?

—Yo sí que te creo, pero todos están contra ti... sospechan que si no eres tú, ocultas alguien. ¡Qué pena, niño Carlos!

—No puedo ni quiero hacer nada para defenderme y después de esta carta que acaba usted de entregarme, ¿qué me importa ya nada?

Doña Lupe abandonó el Rancho de la Estrella conmovida ante el desconsuelo que advirtió en el semblante de Carlos Durango, desconsuelo y resolución que le hizo temer que no recurriera a una solución desesperada.

No se había equivocado doña Lupe; Carlos consideraba que pesando sobre él una íntima acusación que no le sería fácil desvanecer sin denunciar a su hermano Felipe y remachado el golpe por la carta de María de los Angeles y su ausencia, decidió huir al monte o adonde fuera, pues para él también la vida había terminado.

Arregló una poca ropa en un maletín y ocupado en esto que hacer encontró el retrato de María de los Angeles.

—No has tenido fe en mí—dijo, hablando a la fotografía—y me has lanzado a la desesperación. Desde hoy desaparece Carlos Durango para ser un verdadero diablo.

Su criado Ramón entró en la habitación.

—¿Puedo contar contigo, Ramón?

—Manito, eso ni se pregunta. Ya sé que ha marchado la niña.

—No se trata de esto ahora. De momento ensilla mi mejor caballo, que vamos a salir inmediatamente.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde nos lleve el viento.

—¿Lo has pensado bien, mi amo? El amor tiene esos vaivenes.

—No discutas, Ramón, ni pierdas tiempo, que a lo mejor no podríamos marchar. Antes de que se ponga el sol quiero haber cruzado el río. Viviremos en el monte.

—¿Cómo?

—Como podamos. No seremos los primeros, y si sabes de alguien que quiera unirse a nosotros, será bien recibido.

—Todas las manos del rancho vendrán.

—Pues ves a proponérselo. Advérteles que la vida será dura y que no pienso volver por aquí.

La idea de servir a un amo aventurero no era del agrado de Ramón, y al igual que el socarrón Sancho Panza, intentaba convencer a su señor de que estarían mucho mejor en casa que andando por el mundo.

—Ramón, no te he pedido ningún consejo, y aunque agradezco los que me das, mi plan está echado. Si encuentras quien se una a nosotros, bien, y si no, partiremos solos, pero no pierdas más tiempo.

Miraba Ramón a Carlos dando vueltas a su enorme sombrero de charro, para ver si podía sonsacar sus planes.

—Bueno, bueno; voy a hablar con los muchachos, manito, si es que no me necesita por aquí más.

Los minutos se le hacían siglos a Carlos mientras esperaba el regreso de Ramón, y como ya sabía lo calmoso que era éste, temió haberse equivocado al encomendarle la misión de reclutar amigos.

Contra lo que esperaba, no tardó mucho en oír el piafar de los caballos en el patio. Carlos asomó la cabeza al balcón y vió, satisfecho, que todos los hombres que tenía empleados en el rancho habían seguido a Ramón.

—¡Hola, muchachos! Veo que todos han acudido a mi llamada.

—¡No faltaría más, don Carlos, con lo bueno que es usted!

—dijo el que parecía llevar la representación de los demás.

—Voy a acampar en el monte por una temporada y no quise

le solo. Ramón era poca compañía para mí y deseaba saber si querían compartir mi suerte.

—¡Iremos adonde usted nos lleve.

—Entonces, ¿están dispuestos de veras a venir conmigo?

—¡Sí!—gritaron todos a la vez.

Ramón se había apeado del caballo y estaba preparando el de su amo para aquella desventurada salida, que ahora ya era inevitable.

—¿Por qué todo eso, mi amo?—preguntó Ramón en voz baja.

—Prométeme que olvidarás todo lo que ahora ves y no contarás nada a nadie. Tengo que marchar así para salvar a Felipe, y tú solo compartes mi secreto.

Magnífico jinete como era Carlos, en cuanto Ramón hubo apretado bien la cincha de «Relámpago», el primero montó el caballo de un salto y al frente de sus hombres emprendió el camino hacia la pradera, porque por última vez quería pasar por aquel valle en que tan feliz había sido.

Trotando ligeramente, para no pasarlo demasiado aprisa, Carlos vivió de nuevo las emociones experimentadas durante las dos veces en que tuvo que detener al desbocado «Lucero». ¡Cuán lejos estaba ya todo aquello!

El Rancho de la Estrella iba quedando muy lejos y todos los hombres que en él habían trabajado se disponían a llevar una vida errante por el monte, asaltando a la diligencia si fuera necesario para poder vivir, en su admiración por un amo que tan bueno había sido siempre para ellos.

Un poco aventureros en el fondo, los hombres del Rancho de la Estrella no se encontraban del todo mal viviendo apartados de toda civilización, haciendo sus guisos y lavados, ya que el paraje que había elegido Carlos era tan apartado de toda población que no había que pensar en nadie que les ayudara. Cada uno de los hombres tenía que cuidarse de sí mismo, y así sería la única manera de que reinara un poco de orden en aquella extraña reunión de bandidos a la fuerza.

Para dar ejemplo, Carlos, aunque el jefe supremo de todos ellos, era el primero que bajaba al río para lavar su ropa y no consentía que Ramón le sirviera más que en casos de mucha necesidad. Era Carlos también el que llevaba a cabo los asaltos a

la diligencia, siempre que tenían necesidad de dinero. Se cubría la cara con un pañuelo de seda negra, y acompañado de dos o tres hombres a lo sumo, paraban los coches cuyos ocupantes no caían en gracia a Carlos. Una de las normas que había dictado el jefe era que de ninguna manera se molestara a las mujeres. Quería representar el tipo de bandido caballero, y pronto la fama de «El Diablo», que así le llamaban, empezó a correr por aquellos contornos.

Los viajeros asaltados no podían menos de reconocer que aun cuando les habían quitado la bolsa lo habían realizado con la máxima cortesía y que ninguno de los atracadores había molestado a las damas.

Después de uno de esos asaltos, Carlos regresaba entre sus hombres, repartía el botín y quedaba triste y pensativo. ¿A qué le conducía todo aquello? Pero ahora ya era demasiado tarde para volver atrás. Estaba fuera de la Ley. Lo había hecho para salvar a Felipe y se había perdido él. Poco le importaba, pues también estaba perdido lo único que amaba en la vida.

Una tarde había salido Carlos con tres de sus hombres de confianza a reconocer el terreno, y mientras tanto los que quedaban en el campamento se distraían jugando a cartas y bebiendo. Una discusión fuerte entre dos de ellos llegó a su punto álgido en el momento de regresar Carlos llevando una bolsita con dinero.

—Ya sabéis que no quiero peleas, y si os vuelvo a encontrar otra vez así, prohibiré que se juegue a cartas en el campamento.

La palabra del jefe calmó a los camorristas y de nuevo reinó la cordialidad. Carlos se sentó entre sus hombres.

—No traigo más que cincuenta pesos. Encontré a un viejo usurero y se los quité.

—No llevaba mucho por tratarse de un usurero—dijo Ramón.

—Es posible que llevara el resto muy escondido, pero me dió asco pedirle más. Era un verdadero tipo. Este dinero me servirá para la pobre abuelita de Pepito.

—Es usted un bandido muy original—dijo Ramón—: quita el dinero a un usurero para dárselo a un pobre.

—Así se debe hacer—repuso Carlos.

LAS ANDANZAS DEL DIABLO

A bastante distancia de donde acampaban los bandidos capitaneados por Carlos vivía una pobre anciana en el cruce de dos caminos frecuentados por los viajeros que iban y venían de la población. Este cruce había sido el elegido por Carlos para desvalijar a los que por allí pasaban, y también, como un viajero más, cuando había terminado sus fechorías, entraba en casa de la anciana a descansar un rato y beber un poco de vino.

Simpatizó la viejecita con aquel bravo mozo, cuyo oficio desconocía, y le contaba sus cuitas y los apuros que pasaba para poder cuidar a su nieto Pepito, que estaba muy delicado.

Como que dinero no le faltaba a Carlos, pagaba liberalmente el gasto que hacía, agregando siempre un poco más para que lo destinara a su nieto.

El viejo usurero que aquella tarde se había visto despojado de sus cincuenta pesos entró en casa de la anciana para reponerse del susto.

—Sí, señor, sí; yo iba tranquilamente por la carretera en mi carrito, y se acercan tres hombres a caballo con unas pistolas así de grandes, y señaló un tamaño que casi podía tratarse de un cañón. «Manos arriba y saque la bolsa», gritó el que los mandaba. ¿Qué podía hacer un pobre anciano como yo? Sin armas, sin nada.

y no tuve más remedio que entregarle todo lo que llevaba encima.

—¡Cuánta maldad!—exclamaba la anciana—. ¿Y no es posible que acaben con todos esos bandidos? Pronto no se podrá pasar por el camino. Hace muy pocos días que asaltaron la diligencia, pero ese «Diablo» hace cosas raras. No quiso el dinero de todos, sólo de algunos y a las mujeres no les quitaron las joyas.

—Pues mi dinero sí que lo ha querido, ya lo creo, bolsita y todo que se ha llevado. ¡El gran rufián!

Se oyó el galopar de un caballo que paraba ante la casita. Era Carlos que iba a llevar dinero a la abuelita. Penetró en la casa donde estaba el viejo reponiendo sus fuerzas y de momento no se dió cuenta de quién había entrado. No así Carlos, que pronto reconoció a su víctima sin que mucho le importara que le viera.

—Vengo a traerle algo, abuelita—dijo Carlos.

Al oír una voz que no le era desconocida, el anciano volvió la cabeza y por el vestido y la estatura comprendió en seguida de quién se trataba. Temeroso de verse nuevamente atracado, se levantó y salió corriendo hacia el camino.

—¿Qué le pasa a ese hombre?—preguntó la abuelita.

—Déjelo, no le haga caso. He venido a traerle unos pesos para que pueda usted remediar sus males y los del niño.

Pepito se tiró al cuello de su bienhechor.

—¡Qué bueno es usted!—dijo el niño.

—Desde que usted viene por aquí, que esta casa parece otra; es usted nuestra alegría. Con este dinero podré pagar algo de lo que debo. ¿Vive usted solo?

Carlos exhaló un profundo suspiro.

—Poseía un rancho, mi vieja, y era un hombre de posición, aunque no de clase. Fijé mis ojos en una mujer que era para mí el sol, la luna y las estrellas; pero había mirado demasiado alto. Su padre es un hombre orgulloso, que ha preferido que su hija se encerrara en un convento a que fuésemos felices los dos.

—Es una historia muy triste, pero usted es joven y todo tiene arreglo; si ella le quiere, podrá salir del convento.

—El mal está en que su padre la ha convencido de que soy un mal hombre.

—¿Malo, usted?

—¿Quién sabe, abuelita?

—No puedo creerlo. La expresión de su mirada; lo bien que se porta con nosotros, que somos unos desconocidos, todo es prueba de la bondad de su corazón.

—También ella lo creía así hasta que un día...

—No se apene, muchacho, ya nos lo contará otro día—dijo la vieja al ver el semblante alterado de Carlos.

—Es mejor que me marche, no he terminado el trabajo hoy todavía.

Salió Carlos de la casita, dejando un poco preocupada a la anciana. ¿Por qué se habría marchado tan precipitadamente aquel viejo al ver entrar a ese joven apuesto del que ni el nombre sabía? Era verdad que con ella y Pepito se portaba muy bien; pero... un pensamiento raro cruzó su mente. No, no era posible; era un buen hombre y nada más.

El asalto a la diligencia estaba previsto para dentro de unos días, y en la tarde aquella Pepito y su abuela se contaban entre los pasajeros, porque querían rendir visita al convento de la Dolores.

Los bandidos estaban apostados al recodo de costumbre y cuando apareció el transporte tirado por cuatro caballos, Carlos dio las órdenes oportunas para llevar a cabo el asalto con la máxima rapidez y molestar lo menos posible al pasaje.

El trote de los caballos levantaba una nube de polvo y anunciaba la próxima llegada en el rincón donde los esperaban. Tres jinetes se pusieron al centro del camino y Carlos quedó en el terraplén dando instrucciones.

El cochero de la diligencia, que ya había sido víctima de otros asaltos, paró el coche en cuanto vió a los tres hombres en mitad del camino.

—Ya pueden apearse los viajeros, que hoy tenemos visitas—murmuró el cochero.

Uno a uno fueron descendiendo los ocupantes de la diligencia y entre éstos Pepito y su abuela.

—¡Ya sabéis las órdenes de costumbre!—gritó Carlos—. No quitéis las joyas de las damas. Dejad en paz a ese anciano caballero...

Pepito recordó aquella voz y corrió adonde estaba Carlos. A pesar del pañuelo que cubría parte de su semblante, el niño reconoció a su bienhechor y quedó mirándolo, asombrado.

Saltó del caballo el bandido y cogió a Pepito en sus brazos.

—Sí, Pepito, aunque te asombre, soy «El Diablo», pero soy tu amigo, ya lo sabes. Sólo quito el dinero a los malvados y a los usureros. Que suba todo el mundo al coche, no nos interesa nadie hoy.

Rápidamente, tal como habían bajado, subieron de nuevo los viajeros al transporte, y el cochero fustigó a los caballos para alejarse lo más pronto posible del terreno dominado por los bandidos.

Como de costumbre, al regresar al campamento, Carlos estaba taciturno, y hoy todavía más después del encuentro con Pepito y su abuela. Eran las dos únicas personas buenas con quien trataba y sentía en el alma el desengaño que se había llevado Pepito al ver que su amigo no era más que un bandido.

Los hombres, por su parte, también estaban de mal humor porque habían salido, y por una de aquellas genialidades de su amo habían regresado a casa con las manos vacías. Pronto empezaron las discusiones y fué necesario que Carlos impusiera su autoridad.

—He dicho siempre que no quiero peleas y no las habrá.

—Es que Octavio trampea en las cartas—dijo uno.

—Como si todos no supieran trampear un poco. El motivo de la lucha es porque se ha regresado sin traer nada. Ya sabéis que al salir al monte os dije que se deberían acatar mis órdenes y se ha de hacer lo que yo mando. Puedo parar la diligencia y hacerla marchar de nuevo sin quitar nada a nadie porque así me conviene... y nadie ha de discutir mis decisiones. ¿Estamos?

Los bandidos murmuraron su aprobación y poco rato después estaban todos alegres jugando a cartas, habiendo olvidado ya que aquel día no habían tenido ninguna ganancia.

Mientras tanto la diligencia había llegado a su destino y los pasajeros no se cansaban de explicar que habían sido víctimas de un asalto.

—¿Entonces vendrán todos ustedes desvalijados?—preguntaba el mesonero, temeroso de que sus clientes no pudieran pagarle.

—No, no, «El Diablo» no nos ha quitado nada hoy.

—Rara especie de bandido ese «Diablo»—comentó el cochero de la diligencia.

Papito y su abuela tenían trabajo que despachar en el pueblo y no se entretuvieron en hacer comentarios; tanto más ahora que ellos ya sabían quién era su protector, y bien podían los pasajeros agradecer al nieto y la abuela el que no les hubieran quitado nada, ya que fué su presencia la que decidió a Carlos no expoliar a aquellas gentes ante los ojos atónitos de Papito.

El chiste del día

Tan... tan...

El disloque de la gracia

Pídalo en todos los quioscos de toda España

LAS NOVICIAS DE LA DOLOROSA

Los románticos y viejos jardines que rodeaban una antigua casa solariega que años atrás había pertenecido a una rica familia, hoy se veían animados, aunque tal vez no sea la palabra por tratarse de monjitas, por los blancos hábitos de las novicias. Al frente de ellas iba la madre superiora con su negro hábito seguida de aquellas veinte palomitas que con la vista baja y paso comedido pasaban de una avenida a otra, cruzaban ante el lago, y cuando llegaban al romántico peristilo situado entre cipreses, quien sabe si alguna de ellas no pensaba en que aquél sería un sitio delicioso para platicar precisamente con quien por su culpa se hallaba ella en el claustro. Lo que pensaban o dejaban de pensar las novicias es muy difícil de adivinar porque sus semblantes jóvenes y bonitos no dejaban traslucir otra cosa que aquel plácido bienestar que se observa en todo convento de religiosas.

Terminado el paseo, la madre, seguida de las palomitas, se dirigió al edificio y vió que había llegado una visita.

Era la abuelita de Popito que deseaba ver al señor cura.

—Me interesaría mucho ver al señor cura—dijo a la hermana portera, que había acudido a abrir la puerta.

—No sé si estará en casa en estos momentos, buena mujer, ¿podría esperar un momento que voy a ver si lo encuentro?

—Con mucho placer, hermana, aguardaré aquí.

Mientras tanto, la madre había llegado adonde estaba la mujer, a la que conocía porque sus visitas eran frecuentes y las peticiones a la liberalidad del señor cura, también.

—¿Qué la trae a usted por aquí?—preguntó la madre.

Las novicias también hicieron alto y sin levantar la vista siguieron con el oído la conversación de la superiora con la visitante.

—Desearía ver al señor cura, pero la hermana portera teme que no se halle en el convento.

—Si desea algún encarguito, podemos dárselo nosotras.

—Se lo agradecería mucho, madre superiora, porque deseo regresar en el coche de esta tarde y no puedo esperar mucho.

—Si me dice de lo que se trata, buena mujer.

—No sé si la madre sabe que el señor cura me ha tenido que ayudar más de una vez, ¿usted comprende?

La madre lo comprendía muy bien porque lo había comentado con el señor capellán varias veces.

—Sí, sí, el señor sacerdote es muy bueno y es feliz haciendo buenas obras.

—Por esto que me consta, hoy que yo puedo corresponderle, he venido en seguida, no faltaría más.

La noticia sorprendió a la madre, ya que no atinaba cómo podría aquella buena anciana corresponder a la caridad recibida del sacerdote.

—El caso es que me encuentro en situación de devolver al señor cura el dinero que me prestó para poder cuidar a Pepito —y al decir esto, la viejecita sacó una bolsita con monedas—. Tome, madre, usted se lo entregará, ¿verdad?

—Con mucho gusto, pero me sorprende que pueda usted desprenderse de tal cantidad. ¿No va a faltarle más adelante?

—No, no, puedo pagársela; ¿no sabe usted, madre, que «El Diablo» nos protege?

Al oír esto, las novicias no pudieron evitar un sordo murmullo de espanto y todas a la vez se persignaron.

—Pero ¿qué está usted diciendo, buena mujer?

—Sí, «El Diablo», me refiero al salteador de caminos, al que llaman «El Diablo», pero le aseguro que es muy bueno, tiene un gran corazón.

La madre superiora sonrió beatíficamente.

—Es la primera vez que oigo hablar de un bandido que tenga buen corazón, a pesar de que en cincuenta millas a la redonda sea conocido por «El Diablo».

—¿Lo conoce usted, madre?

—Afortunadamente, no; aunque he oído hablar mucho de él. Tengo entendido que también opera por estos alrededores.

¿Por qué corriente misteriosa el corazón de una de las novicias empezó a latir con violencia?

—Pues si usted lo conociera, madre, vería cómo tengo razón, es muy bueno y además tiene muy buena estampa.

—Pero no se deje usted engañar por «El Diablo», que como el que está en el infierno presta servicios que cobra muy caros. ¡Con Dios, buena mujer! Ya daré su encarguito al señor cura, ahora tengo que retirarme con las novicias. Vamos, hermanas, a la capilla.

En el campamento de «El Diablo» la escena no era tan poética ni tan tranquila como en el convento de la Dolorosa. Los hombres de «El Diablo» siempre sostenían reyertas y las discusiones nunca terminaban. Su jefe estaba bastante hastiado de todo aquello. La forzada ausencia que se impuso empezaba a ser muy amarga, y el dolor causado por la carta de María de los Angeles le había producido una herida tan profunda que difícilmente cicatrizaría.

¿Por qué le había tratado ella de tal forma? Podía haberle dado una explicación de palabra y él le habría relatado todo tal como había ido sin necesidad de tomar resoluciones tan definitivas como uno y otro habían adoptado.

Bastante apartado de donde se hallaban sus hombres, Carlos Durango pensaba en su amada, en los días felices, cuando se habían conocido en la pradera, las visitas al jardín y luego, ¿qué?

Como un sollozo para calmar su pena entonó esta canción:

«Me siento tan triste»

Estando solo y abandonado,
sin esperanza y sin ilusión,
vino su imagen immaculada
para brindarme su inspiración.

Y cuando todo nos sonreía
con un encanto de adoración
vino esta dicha desvanecida
a destrozar mi corazón.

Su carta me trajo la triste noticia
de que se alejaba para no volver;
con firme entereza me lo suplicaba
que yo le jurara no volverla a ver.
Por eso me siento tan triste y tan solo,
y cuando recuerdo que me abandonó
pierdo la cabeza y pienso en la que adoro
sin hallar consuelo para mi dolor.

La canción del jefe había llegado a oídos de sus hombres, y como que no era la primera vez que se la oían cantar, repitieron a toda voz el sentimental estribillo para consolar al triste enamorado.

Con sus fuertes vozarrones cantaron como sigue:

Por eso me siento tan triste y tan solo
y cuando recuerdo que me abandonó
pierdo la cabeza y pienso en la que adoro
sin hallar consuelo para mi dolor.

Se acercó Carlos a sus hombres para agradecerles que le hubiesen coreado.

—Veo que no estoy tan solo como me creía, muchachos, os lo agradezco, vamos a beber unas copas y mañana saldremos temprano porque quiero parar el coche de primera hora.

—Muy bien, me gusta el movimiento—dijo uno de los hombres.

—Pues a mí no—interpuso Ramón, que no podía reconciliarse con la idea de ser el criado de un bandido cuando él servía con tanto orgullo a Carlos Durango.

—La vida tiene esos vaivenes, Ramón—dijo otro—; eres demasiado comodón y echas de menos a la familia.

—Eres un moderno Sancho Panza.

—Sí, no me gustan las aventuras.

Las fogatas del campamento fueron apagándose y todos los hombres dormían menos el jefe. No tenía sueño porque pensaba demasiadas cosas. La proximidad relativa del convento de la Dolorosa le daba muy malos ratos y mil ideas extrañas cruzaban por su mente. Pero él no sabía cómo sería recibido. Era inútil pensar en nuevas locuras; ya había bastante con los asaltos y haberse ganado el nombre de «El Diablo».

Apenas amaneció empezó a dar órdenes para la salida, y mucho antes de que la diligencia llegara al cruce, ya estaban allí apostados los bandidos esperando su presa. Desde muy lejos se dejó oír el tintineo de las campanillas que adornaban las guarniciones de los caballos. Durango se cubrió la cara con el pañuelo de seda y distribuyó a sus hombres:

—Los hacéis bajar como de costumbre. Yo, desde mi puesto de observación, examinaré los viajeros y ya os diré si se les debe quitar algo o dejarles marchar sin molestarles.

Una enorme polvareda anunció la presencia de la diligencia, y dos de los hombres, en medio de la carretera, dieron el alto al coche. Iba este guiado por un cochero y a su lado se sentaba su ayudante, un tipo mal vestido y peor afeitado, cuya cara casi cubría un destartelado sombrero de fieltro.

Se apearon los viajeros sin hacerse rogar, y Carlos les pasó revista.

—No me interesa lo que llevan—dijo—, pueden subir de nuevo al coche y ponerse en marcha.

Como si estas palabras hubiesen sido corriente eléctrica, los viajeros subieron rápidamente al transporte medio muertos de miedo todavía sin estar seguros de que el bandido no les gastara una broma de mal genio. Podían estar completamente tranquilos, porque cuando «El Diablo» decía que no le interesaba alguien, ni se volvía para mirarlo.

—La misma táctica de siempre—dijo el cochero a su ayudante.

—Así parece, queriendo hacerse el magnánimo.

Acomodados de nuevo todos los pasajeros, el cochero fustigó a los caballos, que salieron trotando ágilmente como si adivinaran que la carga que llevaban tenía prisa para huir de aquel paraje.

Estaba todavía cerca la diligencia cuando el ayudante del cochero quiso dar un castigo a «El Diablos», y traidoramente por la espalda disparó su revólver. La bala pasó rozando la cabeza de Carlos.

—No es la primera vez que hace esto, pero hoy me la pagará.

Con mano segura apuntó el bandido al hombre del pescante y disparó dando en el blanco.

—Me parece que esta vez se ha llevado lo suyo—dijo Carlos.

—Le hacía falta, tiene muy mala intención y buena puntería.

—Ya veremos lo que ocurre.

Era ya tarde de aquel día y en el campamento de Carlos se comentaba el asalto de la mañana. El jefe, solitario como de costumbre, sentía todavía más profunda su pena. No era solamente el desengaño de María Angeles lo que pesaba sobre su ánimo, si que también el comportamiento de su hermano Felipe, de quien no había sabido una sola palabra desde aquella fatal noche.

El galope de un caballo hizo parar todas las conversaciones. A medida que se acercaba se comprendía que iba derecho al campamento y todos se pusieron en guardia.

Llegó un jinete desgredado con un caballo sudoroso. Puso pie a tierra y gritó:

—Carlos Durango, tu hermano Felipe está muriéndose.

La crudeza del mensaje dejó paralizado a Carlos. ¿Qué estaba diciendo aquel hombre? ¿Por qué pensaba hoy tanto en su hermano? Repuesto de la impresión del momento, preguntó:

—¿Dónde está Felipe?

—En el pajar, antes de llegar al poblado.

—¡A caballo, muchachos, vamos a verle!—ordenó Carlos, y mientras él aguardaba a que Ramón trajera su caballo, los demás iban montando los suyos.

Guiados por el emisario que había ido a llevar la triste nueva, los bandidos, con su jefe al frente, cruzaron al galope montes y llanos hasta llegar a la puerta del pajar, donde se hallaba un hombre moribundo.

Unos cuantos hombres estaban junto al herido, prodigándole toscos remedios.

—¿Es realmente mi hermano?—preguntó Carlos.

Los allí presentes abrieron paso y una vez más se hallaron

cara a cara los dos hermanos, que tan parecidos podían haber sido y que, no obstante, eran tan distintos. El aspecto de Felipe no podía ser más deplorable. Iba pésimamente vestido, con unas barbas de ocho días y desgredada la cabeza. Su palidez era tan intensa que Carlos comprendió que ya no existía.

—¿Cómo ha venido a parar así?—preguntó.

—Recibió una herida de bala—le explicaron.

—¿Vivía aquí?

—No, trabajaba en otro punto, sólo iba de paso.

—No tiene aspecto de haberse ganado muy bien la vida. ¡Pobre Felipe, qué desgraciado has sido siempre!

Mientras tanto, Ramón examinaba al muerto detenidamente. Al poco rato estaba seguro de haber hecho un triste descubrimiento.

—Jefe—dijo acercándose a Carlos—, fíjese bien con el pobre Felipe y verá que es el ayudante del cochero de la diligencia.

Hizo el jefe de los bandidos lo que le ordenaba su escudero y comprendió que tenía razón.

—¿Es posible que haya matado a mi hermano?—exclamó horrorizado.

—Todo lo hace pensar—contestó Ramón.

Siguieron unos instantes de silencio, que rompió Carlos.

—¿Es usted el dueño del pajar?—preguntó a uno de los que se hallaban junto a Felipe cuando había llegado.

—Sí.

—Aquí tiene usted este dinero y dele cristiana sepultura. Me marcho muy lejos; ahora comprendo cuán cierto es aquel refrán que dice: «Quien mal anda, mal acaba». ¡Pobre hermano mío!

Nadie se atrevió a hacer ningún comentario y Carlos Durango abandonó el pajar dejando allí a aquel hermano que durante toda su vida había sido el causante de todas sus inquietudes, la fatalidad había querido que sin saberlo Carlos, una bala disparada con puntería maestra atravesara el corazón de aquel desdichado. Recordaba que el primer disparo había partido traidoramente de Felipe, y él no había hecho más que responder a una agresión cobarde; pero ahora, ante tan cruel desenlace, hubiese preferido más ser la víctima que el agresor. Estos y otros pensamientos martilleaban la imaginación de Carlos. Seguido de sus hombres, se

dirigió adonde habían dejado los caballos. Montó sin proferir palabra y en lugar del fiero galope que les había llevado del campamento al pajar, ahora era un paso lento, de entierro, el que les llevaba de nuevo a su morada.

Carlos Durango recordaba los días felices de su infancia cuando jugaba inocentemente con su hermano Felipe. Ya en aquellos días surgían disputas por las cosas más insignificantes y siempre el menor quería que se le diera la razón, a las buenas o a las malas, y Carlos siempre cedía. Cuando murieron sus padres, convertido desde muy joven en cabeza de familia, no tuvo otra preocupación que Felipe, y cada día que pasaba era éste más rebelde y más desagradecido.

Pero todos estos recuerdos no bastaban para arrancar del corazón de Carlos el cariño que sentía por su hermano y la idea de que había sido su mano la que le había hecho desaparecer de este mundo, iniciaba una época de tormento moral que le sería muy difícil de superar. Esto disgusto, agregado al que le había producido el rompimiento inesperado con María de los Angeles, le convertían en una ruina completa.

Ni Ramón se atrevía a decir una palabra a su amo. Era preferible dejarle solo con sus penas y esperar a que reaccionara. Además, pensaba Ramón que ahora tal vez sería posible que abandonara la tonta manía de querer ser bandido, para cuyo oficio era evidente que no había nacido, pues de las treinta o cuarenta veces que se había parado la diligencia, rara era la ocasión en que se había quitado un centavo a nadie. Aquello era jugar a bandidos, porque sólo se tenían que sufrir las molestias sin obtener las ganancias.

No le desagradaba a Ramón la idea de volver a casa con su mujer y sus hijos, a los que hacía ya días que no había visto. Volvería sucio y maltrecho, pero volvería. Nada hacía sospechar que los pensamientos de Carlos siguieran la misma corriente que los de su escudero; pero éste tenía sus presentimientos, y seguía al caballo de su amo murmurando una canción de tono alegre, aun que con tanta sordina que apenas él se oía.

Habían andado un buen trecho y se hallaban ya cerca del poblado, cuando Carlos dió media vuelta e indicó con la mano

que hicieran alto. La expectación se pintó en todos los semblantes.

—¡Muchachos! Todos sois testigos de los acontecimientos que acabáis de presenciar...; todos conocíais a Felipe y sabéis el cariño que a él me unía a pesar de sus locuras. Es por él que ando vagando por las montañas llevando una vida que no es para mí y tampoco para vosotros.

A Ramón se le entusiasmaban las pajarillas del corazón al oír hablar así a su amo. No le había engañado su pensamiento.

—¡Muchachos! He resuelto cambiar de vida y voy a dejaros a todos en libertad... El que quiera, que regrese al poblado; no creo que encuentre ninguna dificultad para hallar trabajo; yo pienso seguir vagando solo por aquí algún tiempo y luego veré lo que decido; pero se han acabado los asaltos y el bandidaje. Siempre fui un hombre honrado y no puedo ser otra cosa.

—¡Viva Carlos Durango!—gritó Ramón entusiasmado.

Todos los hombres vitorearon a su jefe y éste, agradeciendo el entusiasmo que demostraban, exclamó:

—Vamos a celebrar este acontecimiento bebiendo alguna cosa en la bodega del poblado.

—¡Vamos! ¡Vamos!—gritaron todos a coro.

Y una vez más partieron aquellos hombres al galope para acortar la distancia que les separaba de la carretera al generoso mostrador de la bodega.

VACILACIONES

Desde el día en que la abuela de Pepito había hablado ante las novicias del bandido apodado «el Diablo», que María de los Angeles sospechó, sin saber a qué atribuirlo, que se trataba de Carlos Durango. El cariño que todavía conservaba por el que había sido su novio y una natural curiosidad la movió a preguntar un día al mozo del jardinero quién era «el Diablo».

—¡Oh, hermana! El tipo más raro de bandido que pueda usted imaginar.

—¿Es feo?

—No me refiero al tipo de la persona, sino al carácter...

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Pues que es un bandido que rara vez roba, y cuando alguna que otra vez coge el dinero de alguien, lo entrega a los pobres como a Pepito.

—Es una cosa muy extraña. Y... ¿no se sabe de dónde procede?

—Exactamente, no; y cuentan muchísimas cosas. Hay quien dice que cometió un asesinato y tuvo que huir; otros que sufrió un desengaño amoroso, porque su amada le abandonó... Oh, dicen tantas tonterías..., yo creo que es un gran sirvengonzón.

María de los Angeles había escuchado complacida el relato del mozo, pero la última parte le desconcertó.

—¿Por qué dice esto, si usted mismo confiesa que da dinero a los pobres?

—Pero primero lo roba.

—Yo creo que debe ser un buen hombre.

Las demás novicias escuchaban interesadas las noticias sobre «el Diablo», pues su popularidad era grande en toda la comarca, y desde la visita de Pepito y su abuela, casi que era el tema favorito de conversación entre las monjitas. En realidad, la única que le defendía era María de los Angeles. Las demás parecía que le tenían miedo, y las madres se abstendían de hacer comentarios antes las jóvenes.

Por poco que fuese posible, María de los Angeles se las arreglaba para enterarse de las fechorías del «Diablo», y el mozo del jardinero le contaba lo que sabía, y cuando no, lo inventaba para darle gusto, y acabó por llamarla la madrina del «Diablo».

—Hermana, siente usted mucho interés por ese bandido. Quiera Dios que no se le ocurra asaltar el convento cualquier día. ¡Esos hombres no respetan nada!

Esta idea, lanzada intencionadamente para asustar a las monjitas, no hizo más que exaltar la imaginación de María de los Angeles ante una inesperada visita de Carlos Durango en el convento, que sería su máxima alegría, aunque se presentara con su atuendo de bandido.

De repente recordó la joven que vestía hábito y que había decidido hacerse monja. Entonces, ¿por qué acordarse de Carlos? ¿Por qué desear que viniera al convento? Sus mejillas enrojecieron y cuando todas las novicias, aquella tarde, abandonaron la capilla, María de los Angeles se quedó allí rezando.

Su imaginación era un volcán, las oraciones no acudían y el recuerdo de unas rimas de Bécquer que Carlos le recitara un día, la atormentaban constantemente.

Adondequiera que la vista fijo,
torno a ver sus pupilas llamear;
mas no te encuentro a ti; que es tu mirada
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro
desasidos fantásticos lucir:

cuando duermo los siento que se ciernen
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
llevan al caminante a perecer;
yo me siento arrastrado por tus ojos,
pero adonde me arrastran, no lo sé.

Oía con el recuerdo de estos versos la voz cariñosa de Carlos,
y consciente de que estaba faltando al cielo, la desdichada María
de los Angeles rompió a llorar.

La madre superiora había notado la ausencia de la novicia y
preguntó por ella.

—Se ha quedado orando en la capilla—dijo otra monjita.

—Vaya a buscarla—ordenó; y luego, variando de opinión,
agregó—no vaya, hermana San Víctor; ya iré yo.

Con aquel paso corto, ligerito y silencioso de todas las mon-
jas en todos los conventos, la madre superiora traspuso varios co-
rredores hasta llegar a la puerta de la diminuta capillita.

Mojó el índice y el pulgar de la mano derecha en la pila del
agua bendita, se persignó y llegó hasta donde se hallaba de rodi-
llas y llorando la infortunada María de los Angeles. Esta no se
había dado cuenta de la presencia de la madre y fué necesario que
ésta la tocara ligeramente el hombro.

—Hermana, ¿a qué vienen esas lágrimas?

Sobresaltada se puso en pie la novicia.

—¡Madre! ¡No puedo olvidarle, es una lucha horrible! No
puedo sostenerla por más tiempo.

—Hija mía, ésto no es el lenguaje que esperaba escuchar des-
pués del tiempo que está usted aquí y cuando ya está próxima
su profesión.

—Ya sabe usted, madre, que no vine aquí por mi propia vo-
luntad. Fué mi padre quien me obligó a ello, quien me forzó a
que escribiera una carta a Carlos diciéndole que no le quería,
cuando le he querido siempre...

La madre superiora se persignó de nuevo.

—Hay que calmar estos nervios y esta exaltación, hermanita,
borrar estos pensamientos y olvidar lo que dejamos en el mundo
para morar en paz y tranquilidad en la casa de Dios.

—Madre, yo no quiero otra cosa, pero es que no puedo. Mil pensamientos me atormentan y cuantos más esfuerzos hago para olvidarle más le recuerdo. No crea que no lucho.

—Pida el auxilio de Dios y de la Virgen y verá cómo recobra la paz del alma.

—Me he quedado a propósito en la capilla para pedir la ayuda del cielo y sólo consigo recordar más y más al que amo.

—Hermana, por las benditas almas, no hable así, no puedo escucharla.

—Perdón, madre, perdón.

Las lágrimas surcaban las mejillas de la pobre novicia, que ansiaba por huir de aquella cárcel en que la había encerrado la tiranía de su padre, y la madre superiora, mujer comprensiva y de experiencia, no podía, en el fondo de su corazón, reprochar a la pobre joven; pero su deber era procurar que olvidara aquel desdichado amor.

—Yo la perdono, hermana, y todos pediremos a Dios que la ayude...

—Usted conoce toda mi historia y conoce a mi padre. ¿Por qué me obligó a que me encerrara aquí?

—Me dejó entrever que había sido idea de usted entrar en el convento.

—Por no sé qué mal entendido, Carlos Durango fué acusado de un delito que estoy segura que no había cometido. Mi padre se aprovechó de esa confusión para presentarlo ante mí como un ser despreciable y obligarme a romper con él. He tenido muchas horas para meditar desde que estoy aquí y ahora comprendo que falté en mi obediencia ciega a los mandatos de mi padre.

Le resultaba un poco difícil a la madre superiora inclinarse por uno u otro lado y decidió atenerse a su deber. Como directora del convento y con autoridad sobre las novicias no podía consentir que una de éstas estuviera bajo el techo del convento pensando en unos amores terrenales, y a cortar esto dedicó todos sus afanes.

—Hermana, cuando entremos en el convento debemos dejar en la puerta todo aquello que nos ataba con el mundo. Usted ha permanecido algún tiempo aquí y parecía tranquila, pues nuevamente hay que recobrar aquella tranquilidad y resignación. Den-

tro de pocos meses usted profesará y es a esto a lo que debe conducir su imaginación, no a los falsos amores de la tierra, que no son más que engaño y falsedad. Hay que servir al Señor, que no puede morir, y dejar a todos los demás. Vamos hacia el refectorio que ya deben extrañar nuestra ausencia.

La serenidad de la madre no dejó de impresionar a la novicia, y arrodillándose de nuevo ante el altar, oró por unos breves instantes murmurando la palabra: ¡Perdón!

La observaba mientras tanto la madre, quien, silenciosamente, también pedía a Dios que perdonara a aquella pobre almita que de nuevo parecía calmada y resignada.

Mientras en el apacible recinto del convento de la Dolorosa tenía lugar la conversación transcrita entre la superiora y una de sus novicias, Carlos Durango y sus hombres hacían la despedida de su carrera de bandidaje bebiendo a más y mejor en la taberna del pueblo.

Gritos y jolgorio era la nota sobresaliente de aquel grupo de extraños individuos que un día se habían reunido para salir al monte con tanta alegría como hoy les representaba para muchos el regreso a su hogar. Su capitán era el más taciturno, pero como la alegría es contagiosa, también levantó la copa para que todos en el nuevo rumbo que iban a emprender fueran dichosos y prósperos.

Algunos de los clientes de la bodega reconocieron a «El Diablo» por su vestimenta y compañeros, pero ya se dieron cuenta de que no había ido allí en son de guerra.

—Dice que ha decidido abandonar el camino—dijo uno.

—Pues ya era hora de que nos dejara viajar en paz—comentaba otro.

—Lo raro será que no salga algún sustituto más malo todavía que él.

El mozo del jardinero entró en la bodega atraído por el ruido que producían los bandidos en el local.

—¿Quiénes son?—preguntó al primero que le vino al paso.

—«El Diablo» y sus hombres—le informaron.

—¿Y qué hacéis aquí? ¡Os va a desvalijar!—exclamó el muchacho.

—No; ha dicho que se retira.

—Señal que ha hecho buenos negocios. ¿Es simpático?

—Sí, peor pudiera ser.

Curiso como una colegiala, el jardinero fué filtrándose entre la concurrencia hasta llegar al mostrador y colocarse al mismo lado de Carlos Durango.

Le miró de arriba a abajo, ávido de no perder ningún detalle del tan famoso bandido, para luego poder regresar al convento y explicar a la blanca novicia cómo era, visto de cerca, el famoso «Diablo». Pero no sería necesaria tal explicación.

Como que «El Diablo» no le disparaba un tiro ni le destripaba con una faca, el mozo cobró ánimos y le preguntó:

—¿Es usted «El Diablos»?

—Lo era, muchacho; ahora ya no soy más que Carlos Durango.

—¡Oh! ¡Qué desengaño!

—¿Por qué?

—Porque si ya no es bandido ya no le va a interesar.

—¿Yo interesar a alguien?

—Sí; soy el mozo del jardinero del convento de la Dolorosa...

Carlos fijó la vista en el muchacho.

—...y tenemos allí a una novicia que siempre que se ha hablado de «El Diablo» y sus fechorías ha salido en su defensa.

—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Al extremo que ya todos la llamamos «La madrina de «El Diablo».

De momento pareció que Carlos no había oído estas últimas palabras. Apuró el contenido de su vaso y preguntó muy serio:

—¿Está muy lejos el convento de la Dolorosa?

—No, a una pedrada de aquí.

Carlos vaciló un instante. Miró a sus hombres, todos allí todavía como si esperarán órdenes. La suerte estaba echada.

—¡Muchachos! ¡Vamos a conocer a mi madrina!

Pagó Carlos la consumición liberalmente, como era su costumbre, y todos salieron al camino en busca de sus caballos.

—Seguidme y antes de llegar al convento ya os daré órdenes.

La distancia que había indicado el jardinero con la pintoresca frase de «una pedrada» podía considerarse que la piedra debía echarse con onda, pues los caballos iban a buen troté y no apa-

recia para nada la mansión conventual, donde Carlos sabía que se alojaba su amor, que le recordaba y defendía con ahinco.

Esta noticia le animó de tal manera que ya parecía otro. Su semblante resplandecía y en voz baja cambiaba la letra de su canción y decía:

¡Ya no me siento triste ni solo,
y cuando recuerdo que tanto me amó
pierdo la cabeza, y sé que la adoro
hallando consuelo para mi dolor!

Si bien al principio empezó cantando en voz baja poco a poco fué subiendo de tono y todo él vibraba de entusiasmo ante la idea de poder ver una vez más a su adorada María de los Angeles.

Los hombres de Carlos se habían animado también al observar la satisfacción de su jefe y coreaban su canción para darle todavía más ánimos.

Una preocupación tenía no obstante. ¿Cómo introducirse en el convento y lograr ver a su María de los Angeles?

—No será empresa fácil entrar en esa residencia—dijo Carlos a Ramón.

—Mi amo tendrá que usar astucia. No se le ocurra llamar con la campanilla, que la hermana tornera no le abrirá la puerta. Pronto se dará cuenta de quién es usted.

—Si no me conoce y ni sabe a lo que voy.

—Su traje, el caballo y ese aire de haber andado por el monte todo este tiempo lo lleva, mi amo, pintado en la cara. No haga sonar la campanilla, es consejo de uno que conoce las hermanas torneras... son lo más listo que hay en todo el convento.

—¿Pues cómo voy a entrar allí?

—Astucia, astucia...

—Yo me las arreglaré en una forma u otra, con astucia, con audacia y con valentía para presentarme ante María de los Angeles, y si su padre se entera, tanto mejor, porque si logro verla, no la dejaré escapar esta vez. Ya se acabaron las tiranías de padres chochos.

—Así se habla, mi amo; lástima que no hubiese reflexionado

así hace unos meses, ¡nos habríamos ahorrado tantas noches de intemperie!

—El aire libre fortalece el cuerpo...

—Y las bronquitis.

—¡Calla, viejo gruñón! Pronto estarás en tu casa y te deseo que seas muy feliz.

—También yo le deseo toda suerte de felicidades, aunque tal vez es un poco pronto para estar dándonos las enhorabuenas.

—No lo creas, estoy decidido. Es ésta una empresa en que pongo todo mi corazón y voy a salir adelante aunque sea asaltando el convento. No me imaginaba que estuviera esto tan lejos. ¿Cómo será que el jardinero vaya a beber en sitio tan apartado?

—Para que la madre superiora no se entere. No hace mucho que cabalgamos, lo que ocurre es que usted ya quisiera estar allí y las yardas le parecen millas. ¡Oh, el amor!

Silbaba una tonadilla Ramón mientras su amo ponía el caballo al galope para acortar una distancia que le parecía interminable.

Al doblar un recodo del camino que seguía Carlos con sus hombres, camino que bordeaba la montaña, divisó en el valle una enorme finca rodeada de jardín, que bien sabía él que era el convento. ¡Cuántas veces lo había visto en sueños! Nunca se había decidido a acercarse allí porque las palabras de la carta de María de los Angeles eran para él una barrera infranqueable. Pero ahora, que sabía por aquel rústico que una novicia hablaba en su favor, el asunto cambiaba de aspecto y se veía capaz de presentarse ante ella para que le repitiera de palabra aquella sentencia que le había dictado su padre.

A pesar de la distancia a que se hallaba Carlos podía distinguir muy bien desde aquella altura los paseos y alamedas del jardín. El corazón le dio un salto al observar que por uno de los caminos se veía un grupito de figuras blancas que andaban por allí. No era posible distinguir caras, pero estaba seguro de que eran las novicias en su hora de recreo.

—Ha llegado el momento de dar órdenes. ¡Alto!

Rodeado de sus jinetes, Carlos empezó a dar las instrucciones necesarias para poder penetrar en el convento.

—Sería una locura presentarnos en grupo y voy a hacerlo de la siguiente manera. Yo saltaré la tapia y abriré la verja, que

probablemente sólo está cerrada con un pestillo. Recorreré todo el jardín mientras ustedes quedarán apostados a poca distancia esperando mi señal.

—¿Yo entro con mi amo?—preguntó Ramón.

—No; tú harás igual que los demás, esperar el aviso.

—¿En qué consistirá, patrón?—interrogó uno de los hombres.

—Es en esto en lo que estoy pensando. No puedo llamarlos a voces porque me creerían loco. Esperad un poco...

El plan de asalto requería su tiempo, y mientras Carlos estudiaba la forma más segura de poder entrar en aquella mansión para rescatar a la que todavía consideraba como a su novia, ésta, con las demás novicias, daba su habitual paseo, nuevamente resignada de su suerte, hablando plácidamente con su compañera inmediata.

—Está hermoso el jardín, ¿no?

—Sí; estamos en primavera, la época en que Dios quiso que el mundo fuese todavía más hermoso de lo que es. ¿No eres feliz aquí, María de los Angeles?

—Creo que sí; tengo algunos momentos de tristeza y parece que algo se rebela en mí. Ayer por la mañana...

—¿Cuando la madre fué a buscarte?

—Tuve que pedir al cielo que me ayudara, me sentía prisionera, tenía deseos de llorar...

—¿Te riñó la madre?

—No, estuvo muy comprensiva.

—Tal vez ella también entró en el convento a causa de un desengaño.

—¡Calla! Podría oírnos.

—No, va muy separada de nosotras. ¿Hoy ya estás tranquila?

—Sí; desde que nos hemos levantado esta mañana que siento un extraño bienestar que no había experimentado nunca en el convento.

—Es que Dios ha escuchado tus oraciones.

—Le he pedido tantas cosas distintas que no sé cuál es la que va a concederme, pero estoy tranquila y no tengo ganas de llorar. Encuentro el jardín bello como no lo había encontrado nunca, las flores parecen de colores más vivos y el perfume más penetrante.

La otra novicia miraba a María de los Angeles con asombro. La encontraba hermosa. Tampoco ella la había visto nunca como hoy. Los ojos le brillaban extraordinariamente y no los llevaba bajos como de costumbre.

—¿No tienes miedo?—preguntó la novicia.

—¿Miedo a qué?—interrogó a su vez María de los Angeles.

—A ser demasiado feliz.

—No, nunca se es demasiado feliz en la tierra. Esta lección sí que la he aprendido bien. Un sufrimiento u otro debemos soportar por Quien tanto sufrió por nosotros.

Las monjitas habían llegado al límite marcado como final del paseo y se inició el camino de regreso. Con paso lento y cantando un himno religioso se dirigían hacia la casa.

Carlos había decidido ya su entrada en el convento y la manera de avisar a sus gentes.

—Cuando yo considere necesaria vuestra presencia y vuestra ayuda, dispararé un tiro al aire. Esto será la señal. Entonces, ordenadamente, como soldados, no como bandidos, entraréis por la verja y procuraréis encontrarme.

—El jardín es muy grande, ¿cómo vamos a encontrarle?—preguntó el más torpe de sus seguidores.

—Procurar orientarse por el sonido del disparo. Estén atentos esperando la señal, y ahora distribúyanse por los alrededores para no llamar la atención, aunque pocas gentes pasan por aquí. ¡Ramón! Tú cuidarás de mi caballo y entrarás con él, pues voy a necesitarlo para el regreso. Ahora sigamos adelante hasta que considere oportuno apearme.

Reanudaron la marcha; ya muy corta, y a unos treinta metros del convento Carlos Durango puso pie a tierra y entregó las bridas de su caballo a Ramón.

—¿Recordáis mis instrucciones?

—¡Sí, patrón, buena suerte!—gritaron todos a la vez.

El murmullo de aquel grupo de vozarrones llegó apagado hasta donde paseaban las novicias.

—Deben andar viajeros por los caminos—dijo una de las postulantes—, se oye hablar a gentes.

—No he oído nada—contestó otra que tenía la cabeza muy lejos del sitio donde se hallaba.

Saltar la tapia del convento fué tarea más que fácil para Carlos, y una vez en el patio pudo recorrerlo tranquilamente sin que nadie saliera a su paso. Tal como había supuesto, la verja sólo estaba entornada, ya que la verdadera portería era la de la casa. Un silencio de necrópolis, que contrastaba con la belleza del ambiente, hacía pensar en que la casa estaría deshabitada, si no se supiera que en aquel convento moraban entre religiosas y sirvientes más de cuarenta almas.

Carlos estuvo calculando, puesto que había visto desde la altura que las novicias estaban al extremo del jardín, que donde debía hacerles el plante era en el patio, antes de que pudieran penetrar en la casa, porque una vez dentro sería mucho más difícil conseguir la ayuda de sus hombres y tampoco tenía gran interés en atemorizar a toda la comunidad.

Luego le asaltó el temor que las monjas penetraran en la casa por alguna puerta de la fachada posterior, en cuyo caso no llegarían a tiempo sus hombres y él no deseaba presentarse solo.

Se situó en un punto del jardín escondido por unos matorrales dispuesto a esperar tanto como fuese necesario hasta que asomaran las monjitas para poder dar la consabida señal.

Los hombres ya empezaban a impacientarse porque la señal no se oía, y Ramón, el que más confianza debía tener en su amo, era el que más desconfiaba.

—Espero en que mi amo no nos habrá dejado aquí plantados —dijo.

—¿A qué objeto? Nos necesita a nosotros, si quiere llevarse a su novia; no le sobra el tiempo. Vamos a fumar un cigarro mientras tanto.

Los caballos estaban tan impacientes como sus jinetes y no menos lo estaba Carlos, cuyo corazón latía furiosamente.

El suevo ruido de los pies sobre las piedras del jardín llegó como la más divina música a oídos de Carlos. Ya estaba a poca distancia. Corrió hacia el patio y disparó un tiro al aire.

La detonación alarmó a las monjas, pero continuaron andando hasta llegar al patio al mismo tiempo que penetraban en él cuarenta hombres a caballo.

La ordenada formación de las religiosas se deshizo como azotada por un rayo y de aquellas dulces gargantas salieron gritos

de espanto. ¿Qué significaban todos aquellos hombres en aquella santa casa? Incluso la madre superiora perdió su habitual serenidad para recobrarla inmediatamente y afinar en proteger a sus novicias. Estas temblaban como palomitas heridas.

En un lado del patio quedaron las monjas, ya de nuevo agrupadas en torno de la madre, como si esperaran que aquellos hombres las degollaran despiadadamente. Al otro lado los jinetes de Carlos Durango mirando asombrados el grupo de religiosas que sería su último asalto. Al frente de ellos Carlos, escrutando las caras de todas las novicias en busca de su amada. No tardó mucho en descubrirla, más pálida y más hermosa que todas las demás. También ella le reconoció al instante.

La actitud pacífica de los bandidos había hecho que la madre superiora recobrara su serenidad y su autoridad. Mirando a Carlos de pies a cabeza, pues se dio cuenta inmediatamente de que aquél era el jefe de los bandidos, se dirigió a él con la mirada, sin adelantar un paso y le preguntó:

—¿Qué es lo que pretenden?

—En primer lugar pedirle perdón por la forma en que hemos entrado en esta casa y luego contarle por qué hemos venido.

—Sea breve, que ibamos ya a retirarnos.

—Nos enteramos en el poblado, por uno de los servidres de la casa...

—¿Se puede saber cuál?

—Creo que nos dijo que era el jardinero o su ayudante.

—Continúe.

—Nos dijo que en este convento había una novicia que cuando oía hablar de las fechorías de un bandido apodado «El Diablo»...

Sorpresa general entre las monjitas, no así por parte de la madre superiora que adivinó en aquel hombre al que era considerado el terror de la comarca. Tampoco quedó sorprendida María de los Angeles, porque tiempo hacía que sospechaba quién era «El Diablo».

—... le defendía.

—Mis novicias no se ocupan de lo que pasa fuera de los muros del convento, intruso visitante.

—Es que el jardinero nos dijo más todavía.

—Le han informado mal a usted.

—Es posible, madre, pero déjeme terminar mi relato y veremos quién lleva la razón.

—Creo innecesario decirle que no nos interesa lo que pueda usted contarnos y he de rogarle que se retire con sus hombres por el mismo camino que ha venido, pudiendo darse por satisfecho que no mande cerrar las puertas y les constituya a todos prisioneros hasta que llegue la guardia.

—Madre, debe escucharme. Como iba diciendo, su jardinero nos dijo que a esa novicia que tomaba siempre la defensa del bandido...

—¡Pero esto es inaudito!

—A esa novicia la llamaban «la madrina de «El Diablo», y al oír esta noticia, antes de abandonar el monte ya para siempre, dije a mis hombres: vamos a conocer a mi madrina, porque yo soy «El Diablo».

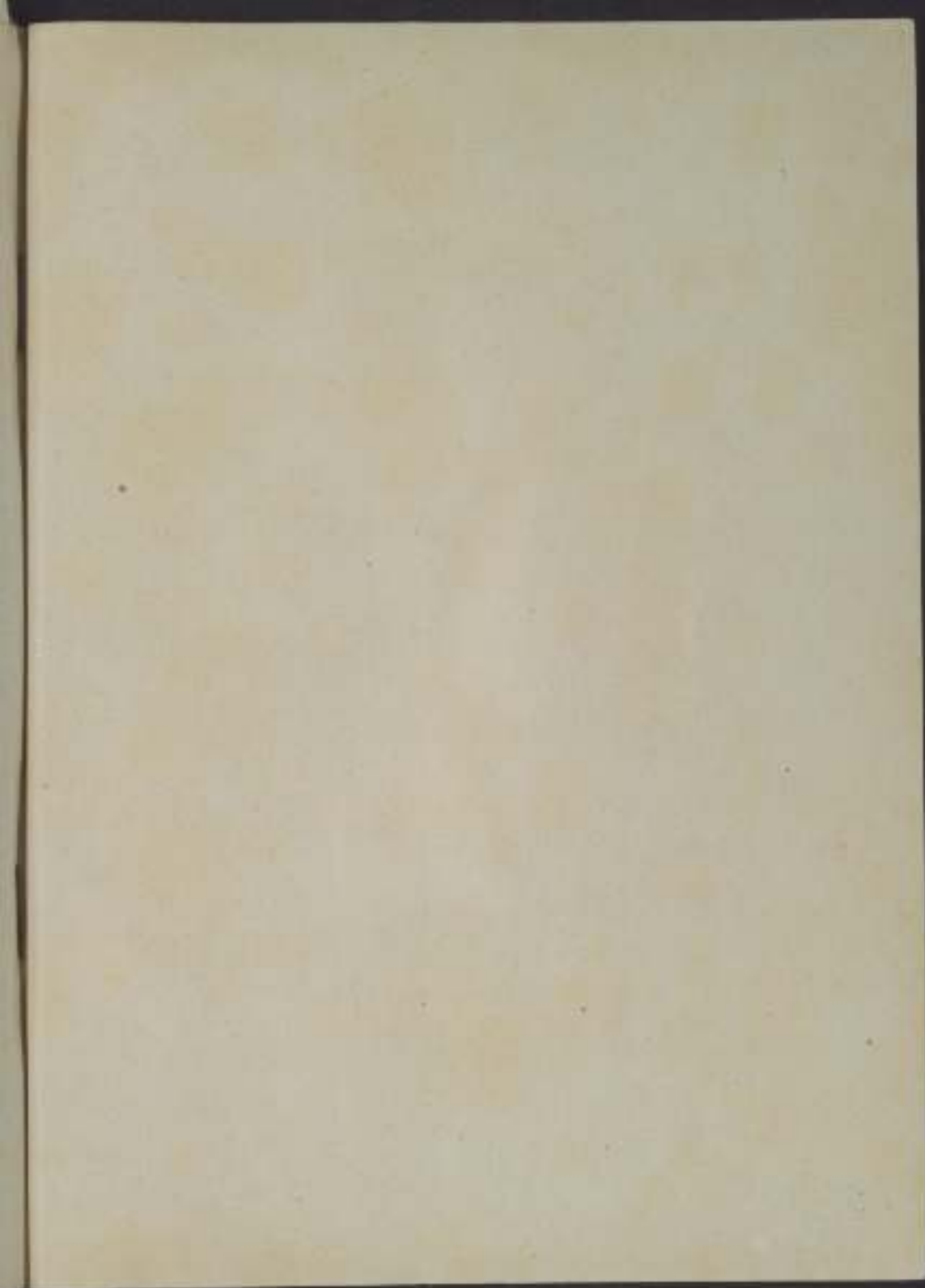
La expectación o el pánico fué casi general. María de los Angeles no titubeó.

—Yo soy «La madrina de «El Diablo»—dijo, mirando cara a cara a Carlos.

El esfuerzo había sido grande y la emoción demasiado fuerte para la pobre niña, que cayó desmayada en brazos de sus compañeras.

EPILOGO

Unos años después, Carlos y María de los Angeles, felizmente casados, visitaban el convento de la Dolorosa, acompañados de sus hijitos Porfirio y María Gloria, para contarle a la madre que también don Porfirio los había perdonado.



Colección *Jorge Negrete*



Una creación de **Editorial ALAS**

CANCIONERO

Canciones mejicanas.	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete.	1'50 *
Jorge Negrete y Amanda Ledesma.	1'50 *
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos.	1'50 *

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

Biografía de Jorge Negrete «Genio y figura»	3'50
Cuando quiere un mejicano	
Así se quiere en Jalisco.	Pesetas
Diego Banderas	
Perjura	
La madrina del diablo	

3'50 pesetas